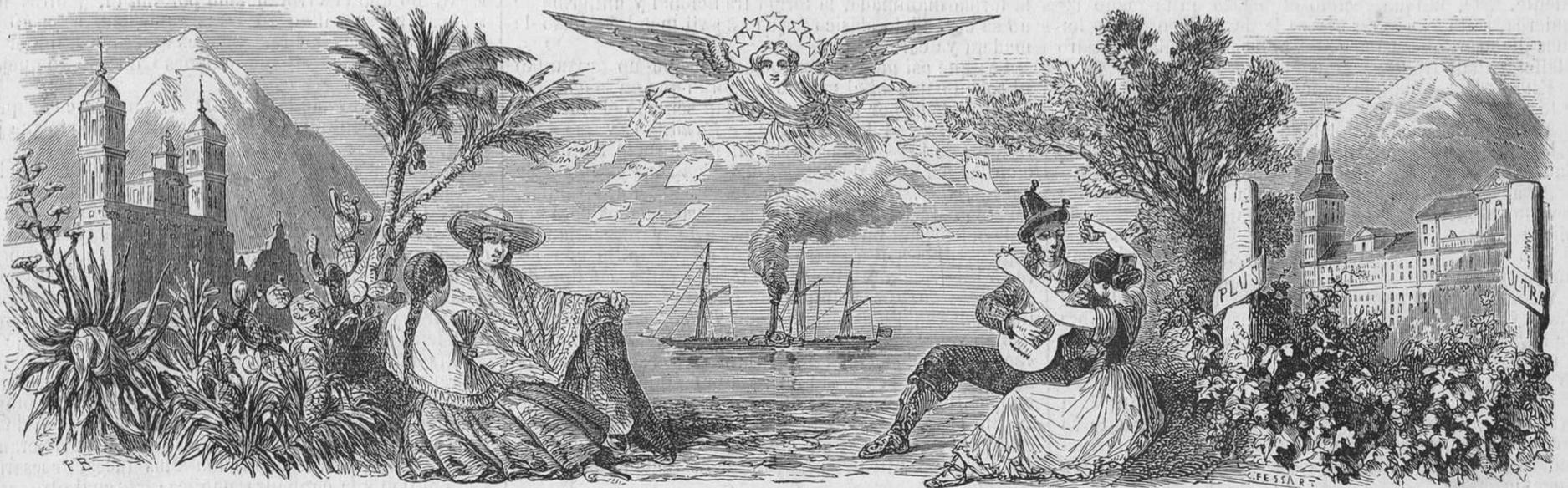


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 11 de *la Moda*.

1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 908.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Los desórdenes de París; grabados. — Fiesta literaria en Madrid. — Revista de París. — Poesías. — Crítica literaria. — Exposición de 1870 en el palacio de la Industria; grabados. — Literatura dramática: «El Agente secreto.» — El incendio de Elbeuf; grabado. — Señales para los ferrocarriles, propuestas por Cham; grabados. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Vestidura imperial encontrada en el palacio de Estío; grabado.

## Los desórdenes de París.

En el número anterior dijimos á nuestros lectores que despues de la votacion del plebiscito, que tuvo efecto el 8 de mayo, hubo en París desórdenes en las noches del lunes, martes y miércoles, y si hoy insistimos acerca de tan deplorables acontecimientos, es para dar algunas explicaciones mas que atañen á los dibujos que hoy publicamos.

La multitud presentó el mismo carácter, la misma fi-

sonomía que en los meses de febrero y junio de 1869. Reuniones tumultuosas, grupos de curiosos, cantos de la *Marsellesa*, gritos de: ¡Viva Rochefort! y á la primera carga de los agentes de policía, de la tropa ó de la caballería, dispersion inmediata, desordenada fuga.

Sin embargo, tenemos que señalar algunos hechos lamentables.

Por ejemplo, á las diez de la noche un obrero disparó un pistolazo contra M. Filbert, teniente del 29 de línea, alumno de Saint-Cyr agregado á la 6ª compañía del tercer batallón.



LOS DESORDENES DE PARÍS. — Escena ocurrida á la puerta del cuartel del Principe Eugenio.

Paseábase por delante de la puerta del cuartel del Chateau-d'Eau, cuando un joven se acerca á él y le dice:

— ¿Haria Vd. fuego al pueblo si se lo mandaran?

— Yo no le pregunto á Vd. lo que haria en mi lugar, responde el oficial; así pues, déjeme Vd. en paz, que haré lo que me parezca.

Sobre esto el obrero descargó su revolver sobre el teniente. Este, aunque recibió el balazo en la mano izquierda, saltó á su agresor y se le llevó preso. Como hemos dicho en nuestro artículo anterior, se llama Pedro Mallet y tiene treinta y cinco años de edad.

Esta es la escena que representamos á la cabeza de este número.

También daremos mas detalles sobre la construcción y la toma de la barricada que elevaron en la calle de San Mauro.

En apariencia era muy fuerte y la ocupaban algunos revoltosos gritando: ¡Viva Rochefort! ¡Viva la república!

Uno de ellos, que parecia el jefe, estaba en lo alto con una bandera.

Dadas las voces para que se rindieran, los guardias de París y los agentes escalaron la barricada y el hombre de la bandera cayó muerto de un culatazo en el cráneo y un bayonetazo en el costado. Los demás insurrectos se dispersaron.

Pero estos son hechos aislados. Regularmente á la primera demostración de la fuerza armada la gente se ponía en fuga, como se ve en nuestro dibujo, que representa una carga de caballería en el bulevar del Príncipe Eugenio.

Las prisiones fueron numerosas, y todos estos dias vemos desfilar en los bancos de la policía correccional esos grupos de revoltosos, que pagan con una severa condena su imprudencia.

Durante los tres dias el cuartel del Príncipe Eugenio ha sido el blanco de los amotinados. La votación de los regimientos acuartelados allí atraía evidentemente la atención de la muchedumbre.

El emperador, que habia escrito sobre este punto una carta que manifestaba la entera confianza que le merece el ejército, ha querido confirmar personalmente su lenguaje, y el tercer dia salió de Tullerías á las tres y cuarto en coche descubierto con cuatro caballos y acompañado de la emperatriz, fué al cuartel y manifestó la intención de hacer una visita á los soldados.

La emperatriz preguntó con interés por el oficial herido, y como este habia salido, suplicó á los oficiales presentes que le dijeran cuánto sentía no haberle encontrado.

El emperador y la emperatriz subieron á las salas del 7º y del 29º de línea por la escalera de la izquierda del pabellón C, y despues de haberlas recorrido y de haber hecho diversas preguntas á los soldados, Napoleón III entregó al teniente de estado mayor de servicio la cantidad de 2,000 francos para repartirla entre los sargentos, cabos y soldados.

Hoy el orden se halla completamente restablecido: los barrios de Belleville y de Menilmontant han vuelto á recobrar su aspecto ordinario, y solo queda ya del tumulto esta lección: que los motines y las insurrecciones no hacen mas que contrariar el progreso de las ideas democráticas.

H. V.

## Fiesta literaria en Madrid.

CONTESTACION DEL SEÑOR MARQUÉS DE MOLINS AL DISCURSO LEIDO POR EL SEÑOR AYALA ANTE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

Colocado empero por vuestra elección, señores académicos, en puesto que impone el honroso deber de llevar en tales solemnidades la voz de la Academia ó de elegir quien lo haga, he creído que no os parecería mal en mí un tanto de codicia en esta ocasion, mostrando cuánto estimo la honra que por tercera vez me habeis hecho; y aprovechando de paso la oportunidad, que se me ofrece, para dar la bienvenida al nuevo académico, y para congratularme con él de que venga á entretener las flores de su elocuencia á la corona que de antiguo consagra nuestra Academia al inmortal autor de *la Vida es sueño*; á justificar con su conducta literaria cuál sea el verdadero camino que ha de seguirse en el teatro nacional; á demostrar, en fin, con sus razones y con sus escritos, coronados hoy por el primer cuerpo literario de España, cuánto yerran los que á este acusan de exclusivo é intolerante en su gusto, en sus doctrinas, en sus elecciones.

No, señores, esa que mas bien que escuela parece como religion literaria en el señor Ayala, aquí dentro es antigua y tradicional. Mas diré todavía: el nuevo académico es llamado como digno y abrazado como hermano, justamente por haber practicado con acierto y gloria las máximas que ahora ha expuesto; proposiciones ambas que me importa probar.

Hay, en efecto, quien se figura las Academias como una especie de órdenes monásticas, que proscriben y

excomulgan cuanto no se ajusta á los severos cánones de Horacio, ó á las mas rígidas definiciones de Boileau y de Luzán.

En concepto de estos tales, tiene la Academia francesa en el palacio de Mazarino, y legaron á la española los marqueses de Villena, unos como adoratorios (que no pueden llamarse templos) en donde se sacrifica inhumanamente cuando no rinde culto supersticioso á la forma, la forma inanimada, la forma tradicional y uniforme de no sé cuál ídolo clásico forjado de vil metal ó tallado de madera ya carcomida.

Los que así piensan tengo para mí que no preguntan ni saben como va el mundo: ignoran que en la corporación fundada por Richelieu se han sentado el autor de *Cing-Mars* y el de *los Hijos de Eduardo*; y que á los retratos de los marqueses de Villena forman continuación los del autor de *la Conjuracion de Venecia* y de *Don Alvaro*. Y digo mas, que esos acusadores valdíos, no solo carecen de noticias, pero hasta de ojos para ver y de oídos para oír; que á tenerlos, bien tropezarian en cada esquina con un cartel ó con un organillo que les recordase que aun vive el académico francés autor de *Lucrecia Borgia*, y aun honra nuestros escaneos, el que inspiró las sublimes melodías del *Trovador*.

Bien venido, sea, pues, el señor Ayala, que con las voces de su elocuencia despertará á esos sordos voluntarios, y con la luz de su ejemplo alumbrará á esos miopes de conveniencia, para que se persuadan, que cuanto hay esencialmente grande y nacional en la literatura de nuestra patria, encuentra eco y reflejo en esta Academia, que ni tiene ni quiere mas dictado que el de *española*.

No apelaré yo para probarlo á otro testimonio que al de Calderon, analizado y seguido por el señor Ayala: los elogios que en el anterior discurso habeis oído, son aquí de antiguo y constantemente tributados al insigne poeta, así como las cualidades calderonianas que brillan en las obras dramáticas de nuestro nuevo compañero son las que le han granjeado el presente lauro.

He nombrado á Luzán entre los doctores del clasicismo, y nadie pondrá en duda que, si el buen gusto pudiera elevarse á religion, reconoceria á Horacio como uno de sus fundadores, y al docto aragonés don Ignacio de Luzán como el restaurador español, y aun si se quiere como el reformador de la orden, mas severo y rígido en la observación que los mismos padres.

Pues bien: este preceptista, que ejerció gran influencia dentro y fuera de la Academia, y que se sentó con justicia y honor sumo en la silla que hoy ocupa el señor Campoamor, decia hablando de Calderon:

« Que era el mas sobresaliente de todos nuestros grandes ingenios dramáticos; y que como á su crianza caballerosa y á la profesion militar que siguió hasta que se hizo sacerdote, añadió la frecuencia de la corte y el trato amistoso con personas de la primera gerarquía, se formó un lenguaje tan urbano, tan ameno y seductivo, que en esta parte no tuvo competidor en su tiempo y mucho menos despues. »

Y añade luego:

« Por lo que mira al arte, no se puede negar que sin sujetarse Calderon á las justas reglas de los antiguos, hay en sus comedias el arte primero de todos, que es el de interesar á los espectadores y lectores y llevarlos de escena en escena, no solo sin fastidio, sino con ansia de ver el fin: circunstancia esencialísima de que no pueden gloriarse muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas. »

Y concluye contestando á los críticos de esta elocuente manera:

« A quien tiene las cualidades superiores de Calderon y el encanto de su estilo, se le suplen muchas faltas, y aun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro que, igualándole en virtudes, carezca de sus vicios. Como esto no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva Calderon todo su primitivo aplauso, sirvió y sirve de modelo. » (1)

Terrible fallo que daba el gran legislador de la escuela moderna clásico-española contra sus compañeros en la Academia, don Blas Nasarre, que se habia extremado en las censuras de Calderon, y Montiano y Luyando, que en infelices tragedias huyó de aquel modelo.

No se crea con todo que faltaron estos dos votos para conferir á nuestro gran dramático el lauro que en la Academia se le guarda. Nasarre mismo, antecesor académico del señor Fernandez-Guerra, confiesa, aunque á despecho, « que á Calderon se le habian levantado altas res como á un dios del teatro, y que su *genio superior* tropezaba con cosas inimitables: » y Montiano y Luyando, (2) apologista de la tragedia, tiene buen cuidado de reivindicar para este género la gloria que alcanzaba en el teatro, *el Tetrarca de Jerusalem*, si bien tirando del cabello la ocasion de hacer el panegirico de los principios horacianos.

La predicación continua de los preceptistas, la influencia francesa preponderante, el ejemplo de escritores de aquella nacion, mas buscados y aplaudidos por lo que derribaban que por lo que pretendian fundar, introdujeron al cabo en nuestro teatro el clasicismo. El auzad Huerta (3), como en verso se le calificaba, á pesar de

(1) *La poética ó reglas de la poesia*, por DON IGNACIO DE LUZÁN, 1737.

(2) Su silla, que ocupó tambien don Ventura de la Vega, está aun vacante.

(3) Académico supernumerario, 1755; de número, 1760; murió el 17 de marzo de 1787. Su silla está destinada al señor Olózaga.

su irascible carácter y de su fogoso temperamento, se plega á vestir á la francesa los hijos que da al teatro; y el castellano Alfonso y la judía Raquel adoptan el atavío de Luis XV, que Voltaire habia prestado al mahometano Orosman y á Semíramis la babilónica. Y sin embargo, no solo no abjura Huerta de Calderon, sino increpa al mismo Luzán de ligero en sus censuras, y revolviéndose con su natural desenfado, dice: « No será extraño que el error notado por Luzán, y otros muchos que se hallan en otras comedias, sean alteraciones hechas por remendones ignorantes, ó por los malsines envidiosos, de quienes Calderon se quejaba juntamente. »

Y al cabo, revelándose contra el gran crítico á quien acusa audazmente de no haber siquiera leído lo que juzgaba, exclama:

« ¡Cuántos se habrán engañado con esta autoridad! »

Aun no habia la Academia española dejado el prestado salon donde, siguiendo la expresion de Moratin puede decirse: *donde retumbaba Huerta*, cuando habia entrado en él un personaje de diversa condición, tan apacible como sabio, maestro de todos los literatos de su época, y de todos paternal amigo; Jovellanos. (1) Poco hizo para el teatro, y eso no ciertamente en el género de Calderon, pero lejos de negar al grande ingenio su homenaje de admiración.

Pretendia que para restaurar nuestro teatro se abrieran certámenes anuales, y que « el objeto de la composición, las condiciones del concurso, el exámen de los dramas y la adjudicación de los premios corrieran á cargo de un cuerpo que reuna á las luces necesarias, la opinion y la confianza pública; y ¿cuál otro, añadia, mas á propósito que la real Academia de la lengua? » Por este medio, en fin, se lisonjeaba el celosísimo académico de que renacieran de nuevo « los dramas de Calderon y Moreto, que ganaron en su tiempo la primera reputación, y que son hoy, á pesar de sus defectos, nuestra delicia y probablemente lo serán mientras no desdeñemos la voz halagüeña de las musas. » (2)

Al tratar de Jovellanos, fácilmente se escapa á la pluma el nombre de Quintana. No porque haya entre ellos semejanza, sino porque es demasiado fuerte su analogía. Nacido el uno de noble linaje en la nobilísima Asturias; el otro, hijo del pueblo, en la feraz Estremadura; aquel con la cruz de Alcántara en el pecho; este con el amor á la humana igualdad en el corazón; Jovellanos amaba como un héroe de Covadonga la restauración de antiguas y tradicionales libertades de la patria: Quintana, con la fogosidad con que Cortés ansiaba conquistar un nuevo mundo, se lanzaba por el mar de la revolución á la conquista de un mundo filosófico nuevo, y de una política nunca hasta entonces descubierta. Dió Jovellanos al siglo presente los mejores años de su vida por la madurez de sus frutos; Quintana los mas ricos por la lozanía de sus juveniles flores. Ambos se conocieron y estimaron. Académicos ambos, no se alcanzaron en esta Asamblea, sino en otra de mayor y mas trascendental influencia: cierto que nadie la logró tan grande como ellos dos en el progreso político y literario de nuestra patria.

Cosa singular, en fin; un mismo héroe fué asunto de la única tragedia de Jovellanos y de la mas aplaudida de Quintana, *Pelayo*. Con todo, ni uno ni otro las vaciaron en el molde calderónico. Verdad es que Jovellanos confiesa que *procuró imitar á los poetas franceses* y que Quintana consideraba su tragedia, no tanto como obra dramática de escuela determinada, cuanto como escrito político de circunstancias dadas; y hablando de esto añadia con gracejo en él desusado: « Tenia yo gana de decir muchas cosas, y no encontrando un cristiano que quisiera oír, tuve que buscar un moro para decirselas todas. »

Sea de esto lo que quiera, nadie negará á Quintana, además de su primicia como poeta lírico, su magisterio y autoridad en el buen gusto; pues oíd cómo se explica, en una composición dirigida con mejor intención que fortuna á esta Academia y que ha citado el señor Ayala.

Allí, despues de hablar *del genio de Lope omnipotente*, añade estas palabras:

Mas enérgico y grave, á mas altura  
Se eleva Calderon, y el cetro adquiere  
Que aun en sus manos vigorosas dura.  
Dichoso si la fuerza con que hiere,  
Si al fuego y á la noble bizzarria  
En que hacerle olvidar ninguno espere...

Volviendo un momento á Jovellanos, importa recordar que juntó á otras merecidas glorias la de ser vínculo de union entre las dos mas célebres escuelas literarias de España, la salamantina y la sevillana.

Salamanca, merced á la residencia de su sabio obispo Tavira, de Melendez, de Cienfuegos, Gallego y Quintana, se habia mostrado digna de su antiguo renombre de Atenas española, y habia preparado para estos escaneos académicos á todos aquellos doctísimos varones. Sevilla habia sido, como ahora se dice, mas celosa de su *autonomía*, y habia fundado una academia apar-

(1) En 1781, supernumerario. — 1783, de número. — Hoy ocupa esta silla el conde de Guendulain.

(2) *Memoria sobre los espectáculos*. Edición de Rivadeneira, pág. 409 y 497.

te; pero desde ella envió á ese sitio tal representante, que bien puede valer él solo por muchos mas: á él, como historiador, confirmó Jovellanos mismo la noticia biográfica de Florida-Blanca; á él, como poeta, legó Meléndez su lira en sentidos ó inmortales versos; á él, en fin, como crítico y erudito, dió Quintana parte en la redacción del célebre *Seminario Patriótico*.

Ya sabéis de quién hablo, del insigne maestro don Alberto Lista (4), de quien se puede decir:

Que si no venció el teatro,  
Enseñó quien las venciera.

¿Necesitais vosotros, ilustres discípulos y dignos compañeros del insigne humanista, que os recuerde yo cuánta importancia daba él á Calderón?

En su erudito curso de literatura explicado en el Ateneo de Madrid le consagró ocho lecciones, cuyo anuncio solo es una descripción apologética del ingenio á quien se dedicaban.

«Tantas y tan grandes prendas dramáticas, (dice el célebre académico) bastarian por sí solas para hacer superior á Calderón á todos sus predecesores, incluso el mismo Lope, á pesar de la sinceridad y nobleza con que el mismo Calderón le cita en varios pasajes de sus comedias.»

Y luego, hablando de las prendas de caballero que Calderón poseía en alto grado, añade: «Esas mismas prendas eran las generales de las personas distinguidas... las cualidades propias del noble español eran la piedad religiosa, el valor, el amor, el respeto al bello sexo, la generosidad y la lealtad. Si Calderón quería interesar á sus contemporáneos, bastábale describirse á sí mismo.» (2)

Decidme, señores, este sentido panegírico, que fué un día el programa de las lecciones de Lista, ¿no os parece que viene á ser hoy el compendio del magnífico discurso del señor Ayala?

¿Quién ha podido hallar mas delicado elogio, ni, una vez hallado, amplificarlo mejor? Y sin embargo, ved cuán vehemente es mi pasión: aun á riesgo de parecer irrespetuoso con mi maestro, exigente con mi amigo, con todos descontentadizo, os diré que tengo su encarecimiento por inferior al mérito mismo de Calderón.

Su vista se extiende á mas dilatado espacio que el comprendido entre los Pirineos y las costas ibéricas; su vuelo se levanta á mas altura que la de la atmósfera que cubre nuestra Península.

Tiempos atrás, encargado yo por el mismo Lista de suplirlo, analizando en la cátedra *la Vida es sueño* traté de demostrarlo; hoy fuera ocioso repetir los argumentos y las pruebas. Acudiré en vez de ellos, según el plan que me he trazado, al testimonio de otro ilustre académico, el señor Pastor Díaz, discípulo de Quintana, compañero de Lista, en las cátedras del Ateneo, el cual dice: «Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Rojas y el gran Calderón se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres mas eminentes de donde descienden los rios y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus piés.»

Así es la verdad: y cuando el grande ingenio en sus dramas ideales ó filosóficos nos prueba que *la Vida es sueño*, que *En esta vida todo es verdad y todo mentira*... su grandiosidad se eleva á punto en que forzosamente ha de ser vista, no solo por la nobleza de Castilla ó por la raza española, sino por cuantos á fuer de hombres se interesan en el conocimiento de la verdad y en el engrandecimiento del alma. Espectáculos que tienen por argumento y por actor á la humanidad, han de tener al género humano por auditorio, y al mundo por teatro.

¿Y qué podrá decirse de los dramas de asuntos religiosos, sino que es necesario acudir hasta Dante para encontrar otro poeta que recibiese tan directamente del dogma la inspiración, y que nadie sino Calderón la ha devuelto al dogma en acentos de mas divina armonía? Al poema de Dante se ha dado por él y por la posteridad el nombre de *Divina comedia*; las comedias de Calderón forman á su vez un *Poema divino*: la teología, el dogma en su mas elevada expresión inspiraron á uno y á otro.

Y reclamar para tales hombres una legislación estrecha ó una nacionalidad limitada, será identificar su persona, pero no medir su grandeza. Como fuera mezquino apellidar al Atlas marroquí, y calificar los Andes de chilenos. No; esas ingentes masas son los huesos del gigante cuerpo del universo; su destino quizá es dar solidez á los continentes, ó contrapeso á los mares; quizá es atraer mas copiosa la lluvia de los cielos: el estado en que radican desaparece bajo su inmensidad.

Gloríese pues sin egoísmo mezquino, la nobleza, el pueblo y el sacerdocio de España de que se eleve en medio de ellos ese majestuoso monte, en cuyas alturas cesa toda terrenal vegetación, cuyas cimas cubiertas de perpetua é inmaculada nieve reflejan vivamente el eterno sol de justicia, y cuya inaccesible cúspide se pierde entre las nieblas del cielo.

Ocasión es ya de recoger los últimos votos que acerca de Calderón han emitido ilustres académicos; pero lo tengo por ocioso, andando como andan en manos de

todos las obras didácticas de Martínez de la Rosa, Búr-gos y Gil y Zárate. Ni me costaría gran trabajo hallar en los escritos de Donoso y de Balmes, ó en los elocuentes discursos de Galiano, de Mora, de Pacheco y Pidal, flores cogidas ó consagradas al gran poeta. Las sillas de estos insignes académicos aun no se han ocupado; ¿qué mucho que sus voces elocuentes aun resuenan en los oídos de todos (1)? Además, señores y compañeros míos, vosotros no sois como aquellos hidalgos negligentes que deslustran ó ignoran la historia de sus mayores, desoyen y olvidan el consejo de sus padres; vosotros sabéis bien los hechos y escritos de los que aquí os han precedido, y no solo seguís sus tradiciones y trabajos, sino que acrecentais sus glorias.

Por lo que á vosotros mismos se refiere, el público señala con el dedo en las sillas académicas, ora los catedráticos y críticos que le enseñaron á buscar las bellezas de Calderón y á complacerse en ellas, ora los grandes dramáticos que acrecentaron con caudal propio la rica herencia calderoniana.

De uno, sin embargo, no puedo callar; su sitio en la Academia aun está vacío (2); en mi corazón no se llenará nunca. Ya sabéis de quién hablo, del inolvidable autor del *Hombre de mundo* y de *la Muerte de César*; el menos á propósito, al parecer, para elogiar ni tolerar siquiera las osadas doctrinas del mas independiente de nuestros dramáticos: ya sabéis cómo era Vega; cuán severo en sus doctrinas literarias; cuán ático en su gusto; cuán correcto, regular y asiduo en el culto de la forma. Pues oid cómo se expresa:

Habla el *Tiempo*.

Cercano al famoso sitio  
A quien llamó la morisma  
La Almudena, y hoy es templo  
De la sagrada Maria,  
Otro templo mas humilde  
Verás, que frontero mira  
A la torre que aun recuerda  
Los laureles de Havia.  
El Salvador es llamado,  
Caduca fábrica antigua,  
Que ya á mi peso se rinde  
Y va á desplomarse en ruinas.  
Allí, en el rincón oscuro  
De solitaria capilla,  
Que con trémulos reflejos  
Una lámpara ilumina,  
Hay un sepulcro que nadie  
Por lo modesto diria  
Que encierra en su helado centro  
De alto varón las reliquias.  
No pórfidos lo sustentan,  
Ni alabastros lo cobijan,  
Ni sobre él descuella mármol  
Quien posa dentro ceniza.  
Mas allí los restos yacen  
Del claro ingenio que un día  
A España admiró, y ahora  
A España y al mundo admira.  
Del que á su placer moviendo  
Ora el llanto, ora la risa,  
Desde el celoso *Tetrarca*  
Al *Jardín de Falerina*  
Agotó cuantos donaires,  
Cuantos conceptos la rica  
Habla castellana ofrece  
A la hermosa poesía.  
Del que noble por alcornica,  
(Como en su pecho lo indica  
Del Santo Patron de España  
Grabada la roja insignia),  
A la nobleza heredada  
Supo juntar la adquirida,  
Inspirando en dulces versos  
Amor puro, amistad fina,  
Orgullo sin vanidad,  
Emulación sin envidia,  
Honor, lealtad y firmeza,  
Discreción y valentía.  
Y en fin, ¿para qué me canso?  
Cuando basta que te diga  
¡Calderón! que en este nombre  
Todo lo grande se cifra.

Si excitada vuestra curiosidad por este magistral romance, me preguntais dónde y con qué ocasión se es-

(1) En la vacante del señor Galiano ingresa el señor Ayala; para la del señor Mora fué nombrado el señor Ríos Rosas, y las de Pacheco y Pidal están destinadas á los señores Selgas y Aparici.

(2) Para él está elegido el señor don Cayetano Fernandez.

cribió, os contestaré que en una función dramática que para costear la traslación de los restos de Calderón hizo el Liceo de Madrid. Si quereis saber lo que era ese Liceo, entonces tan popular, hoy ya olvidado, os diré que era una sociedad de mayor contentamiento que estudio, que á la sazón presidia yo con buen celo, y que antes que yo habian dirigido con sumo acierto y aun gloria dos dignos académicos que me escuchan. ¿Quereis mas, quereis que os diga qué hacia el Liceo, y qué títulos tiene para citarse en este respetable recinto y en la solemnidad presente? Pues os diré que para él compusieron nuestro antiguo director, el señor Martínez de la Rosa, su drama *el Español en Venecia*, y nuestro director último, el duque de Rivas, el suyo de *Solaces de un prisionero*, ambos calderonianos. ¿Quereis, por último, saber qué representaba en el mundo culto aquella numerosa y á veces revuelta asamblea? Pues nuestro compañero el duque de Frias, premiado allí en público concurso, la definia diciendo: que el Liceo era el Congreso, y la Academia el Senado de la república de las letras. Ved pues si será legal la fama de Calderón, cuando el uno le erige el monumento de su *Tumba salvada*, y el otro el de su *Edición escogida*.

Ya lo veis, mi nuevo y querido compañero, vuestras convicciones, que mas bien que máximas de escuela, parecen en vuestro ánimo á manera de credo y culto literarios, son aquí, según os dije, antiguas y tradicionales.

Sois por tanto bien venido, sí, como me resta demostrar, habeis ganado vuestro asiento, no con fe muerta, sino con obras vivas; no con principios abstrusos, sino con poemas cien veces justamente coronados.

Acontece, señores, con las creencias literarias como con otras de mas sublime origen y de mas trascendental importancia: unos las alcanzan á costa de peregrinar sedientos y fatigados por el desierto de la duda; otros consiguen descansar en ellas despues de haber intentado uno y otro sendero ancho y ameno en su principio, en su paradero de aridez y escabrosidad sumas; otros, en fin, dichosos sin vagar en la incertidumbre, ni ser heridos por el desengaño, lo encuentran todo en el regazo de su madre, en el hogar de su familia, en los juegos de su infancia, en los regocijos populares del lugar nativo.

Esta pienso yo que fué la suerte del señor Ayala en sus convicciones literarias, y me lo da á entender el ver con cuánta seguridad y donaire traza una comedia *de capa y espada* cuando apenas contaba diez y seis años.

Si os refiriese el asunto de *los Dos Guzmanes* os parecería, señores, oír el argumento de una comedia de Calderón, hecho por quien apenas tenia tiempo de haber leído algunas. Bien así como el muchacho remeda las ceremonias de la iglesia, que no comprende, y calca los cuadros que heredó de sus padres.

Tiempo vendrá que aquel remedador del rito sea celoso propagador del culto, y que el calcador tímido se torne en imitador valiente.

Aspirando á esto, decia sin duda el señor Ayala: «para renovar el teatro de Calderón, yo pondré en escena los personajes y los sucesos de su época, y así en ellos el lenguaje y el estilo calderonianos serán propios como la ropilla y los gregüescos: la historia me bosquejará los caracteres y me suministrará los desenlaces; yo los pintaré con el color vivo que la filosofía y la crítica han facilitado en nuestros tiempos.»

*El Hombre de Estado* es la realización de este propósito.

Don Rodrigo Calderón, aquel triste ejemplo de la inestabilidad de la fortuna; aquel ministro de tantos crímenes acusado, y de uno solo convicto; aquel orgulloso privado, que al decir de los historiadores, y según poéticamente repite el autor, mas fué condenado por los vicios que inspiró que por los que tuvo, es el protagonista del drama.

Don Rodrigo se cree digno de llamarse hombre de Estado cuando se experimenta capaz de inmolarse todo á su ambición: ha olvidado á su primera amante, desatendido á su amigo de la infancia; sacrifica primero á su protector, luego á su amada, y se vale de los crímenes de sus seides para extender su poder, y de la corrupción del príncipe para perpetuarlo.

Al cabo el ciego ministro cae en el lazo que tenia tendido, y se despeña de la cumbre á que habia trepado: y entonces, cuando el castigo político es inevitable, el gran enseñamiento moral aparece, y los consuelos providenciales descienden como rocío sobre aquella alma que la ambición y el poder habian hinchado sin alimentar y exclama:

RODRIGO.

Morir, Zuñiga, es rigor,  
Y yo en morir no vacilo,  
Que el instante mas tranquilo  
Es el instante mejor.

En vano el hombre se afana  
La existencia en dilatar:  
Pues mañana ha de llegar,  
Lo mismo es hoy que mañana.

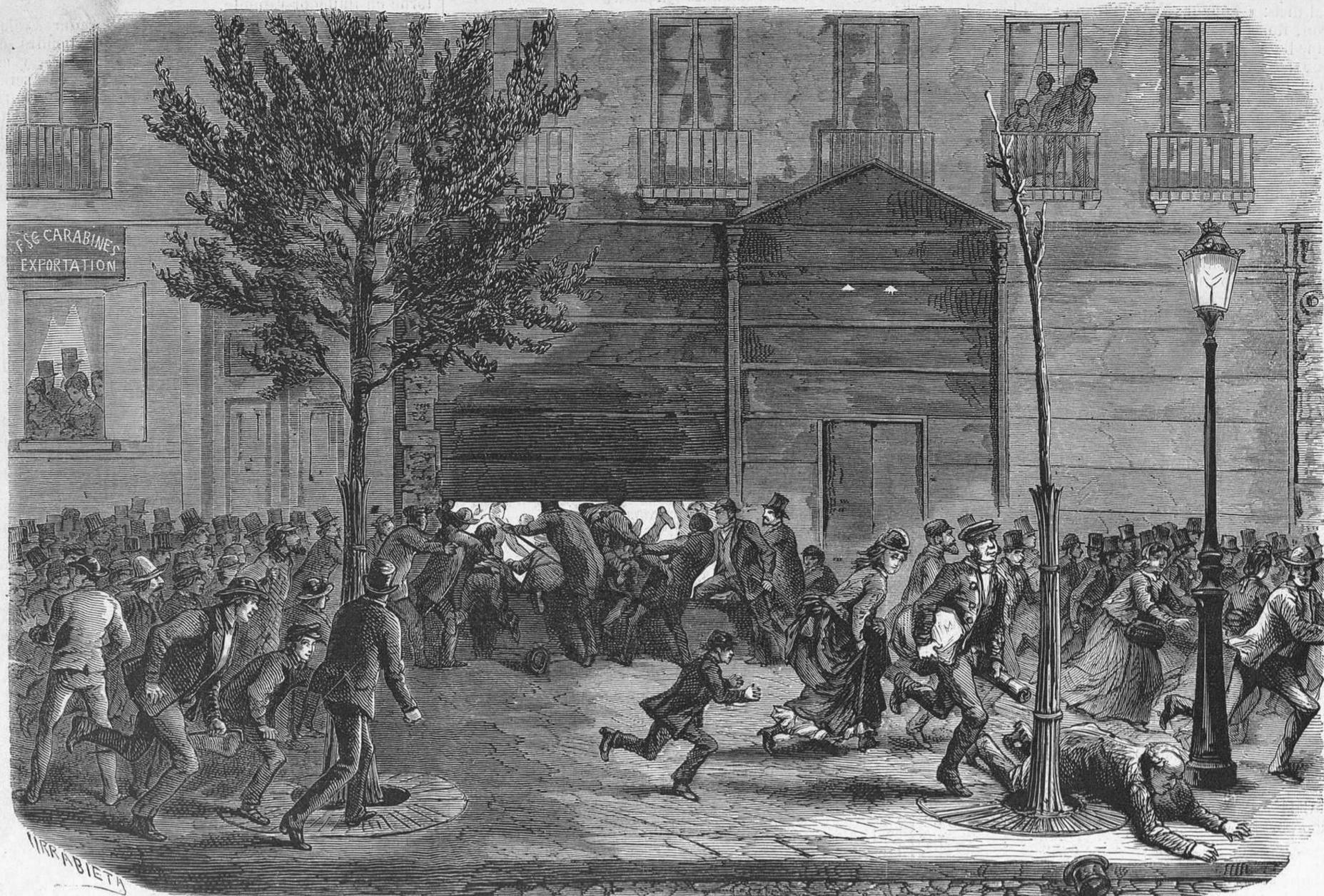
La muerte me halla propicio,  
Y aun tengo á felicidad.

(1) Don Fermín de la Puente ocupa su silla.

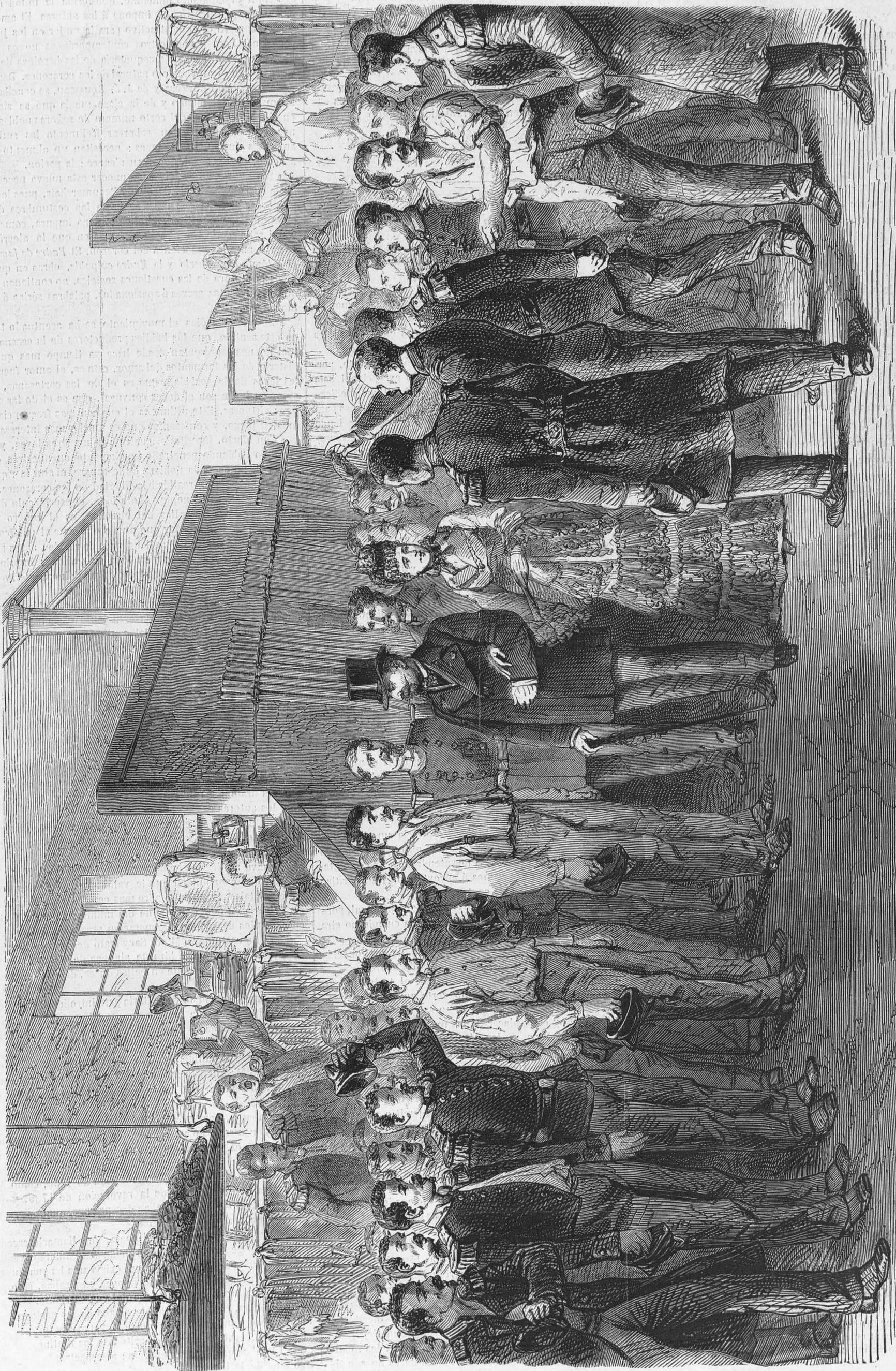
(2) LISTA: *Lecciones de literatura española explicadas en el Ateneo*. Tomo II, páginas 2 y 3.



Los desórdenes de Paris. — Las barricadas de la calle del faubourg del Temple.



Los desórdenes de Paris. — Cargas de caballería en el boulevard del Príncipe Eugenio. — Los fugitivos refugiándose en una tienda.



*Janet Lang*

Los desórdenes de Paris. — SS. MM el emperador y la emperatriz visitando el cuartel del Principe Eugenio.

Entrar en la eternidad  
Por la puerta del suplicio.

Y porque se satisfagan  
Los que os han mandado ahora  
De cuánto yerra é ignora  
Ese mundo á quien halagan,

Decidles, Zúñiga, que hoy  
Que en la prision me han juzgado  
Abatido y desgraciado,  
Grande y venturoso soy.

Si alguna ofensa me han hecho,  
Mi muerte no han de impedir,  
Pues con dejarme morir  
Me dejarán satisfecho.

A vos, que estais en la vida  
Sujeto á su desventura,  
Hoy, como prenda segura  
De mi eterna despedida,

Daros un consejo quiero  
Que yo, Zúñiga, aprendí  
Viviendo como viví  
Y muriendo como muero.

Sabed que dentro del alma  
La mayor grandeza existe,  
Y la ventura consiste  
En saber gozar de calma.

Viviendo en paz, sin violencia  
Nuestro fin llegar se advierte,  
Y ver en calma la muerte  
Hace feliz la existencia.

BALTASAR.

Vivid, y amigos los dos  
Seremos en adelante.

RODRIGO.

Bástenos serlo un instante  
En la presencia de Dios.

BALTASAR.

¡ Oh! dilatad la existencia;  
Vivid al menos y orad.

RODRIGO.

Supla la eterna piedad  
Mi falta de penitencia.

BALTASAR.

Mandadme, pues, que anhelante  
Mi afecto os quiero mostrar.

RODRIGO.

Con ver á todos llorar  
Tengo, Zúñiga, bastante,  
Vuestro perdon solo ansío

BALTASAR.

Con el alma y corazon.

RODRIGO.

Y en cambio de ese perdon  
Tomad el ejemplo mio.

Sin duda habrá críticos eruditos que recuerden aquí tal ó cual personaje, tal jornada ó tal comedia de Calderon; pero cierto es que no pensaba en ello el poeta que tan sentidamente escribía estos versos en el rincón de un pueblo de Estremadura, y menos aun lo tenía presente el público madrileño cuando, dudando entre el llanto y el aplauso, pedía á voces el nombre del autor, y sabia con sorpresa que era un jóven que rayaba apenas á la sazón en los veinte y un años.

Por otra parte, esa escena sola, ese carácter entero y tierno á la vez, explican una expresion proverbial en nuestra lengua y una tradicion simpática en nuestro pueblo, al parecer entre sí contradictorias: dícese del sugeto grave y circunspecto que con ánimo y esfuerzo insoportable soporta las contrariedades, que es *mas tie-*

*so que don Rodrigo en la horca...* y al mismo tiempo el pueblo de la córte, olvidadizo en sus afectos y hasta en los escarmientos, y que no se acuerda dónde vivió Ercilla, dónde murió el marqués de Villena, el de la redoma, ó dónde yacen Lope de Vega y Velazquez, conserva memoria de que don Rodrigo Calderon vivió en la calle Ancha, fué ajusticiado en la Plaza Mayor, y estuvo sepultado en el Cármen descalzo, hoy parroquia de San José.

A este mismo género de libre imitacion pertenecen *la Estrella de Madrid* y *Rioja*, cuyos argumentos están tomados tambien del dramático reinado de Felipe IV.

(Se continuará.)

### Revista de Paris.

Se habla ya de la marcha de la córte á Fontainebleau; pero antes habrá todavía algunos bailes de los que llaman de carácter íntimo, fiestas privilegiadas á las que no asiste la multitud que llena los salones de Tullerías en los grandes bailes oficiales.

La poblacion de Paris se adelanta este año á la córte, porque la temperatura favorece de un modo excepcional esta emigracion anticipada, y luego porque los boletines medicales que todas las semanas se dan á luz, son muy propios para poner en fuga á los timoratos. Las viruelas siguen haciendo estragos. En los últimos ocho dias, las defunciones ocasionadas por este mal han ascendido á 195, la cifra mayor que se ha visto desde el principio de la epidemia. ¡ Triste entrada de verano! No se habla mas que de enfermedades y de entierros: y así es que todo el que tiene la costumbre de abandonar Paris en la temporada de los calores, se apresura á cambiar de aires.

La semana es pobre en acontecimientos propios de la crónica. Todo el interés viene á resumirse en las sesiones académicas, donde ha habido una recepcion y dos elecciones.

Las elecciones han sido poco disputadas. Parece ser que los dos jefes de la docta corporacion, Thiers y Guizot, se habian puesto de acuerdo, y por lo tanto sus candidatos obtuvieron fácilmente los sufragios de los académicos.

Eran M. Javier Marmier, un viajero incansable, autor de algunos libros en donde nos cuenta sus impresiones, y un gran conocedor de la literatura setentrional, de la que ha hecho diferentes traducciones; y M. Duvergier de Hauranne, hombre político que ha escrito una obra muy notable sobre el parlamentarismo en Francia.

En cuanto al nuevo académico, era el poeta M. Augusto Barbier, que venia á ocupar el sillón de M. Empis.

Como de costumbre, la asamblea presentaba el mas brillante aspecto, y la afluencia de gente era extraordinaria.

Todo el mundo miraba con dolor un sillón vacante, el de M. Villemain, cuya muerte reciente tiene aun sumido en el luto al mundo de las letras.

La recepcion de M. Augusto Barbier ofrecia un doble interés literario y político; pero haciendo abstraccion de este último, impropio de este lugar, nos atenderemos á lo que atañe á la literatura, donde vamos á encontrar un juicio crítico muy notable sobre el teatro contemporáneo.

M. Augusto Barbier no transige con la comedia actual, porque se inclina demasiado al género grotesco cuando no gira en el terreno de las pasiones criminales.

Toda esta parte de su discurso es digna de ser conocida por los que se interesan en las cuestiones de teatro.

« Durante largo tiempo, dice M. Barbier, el teatro fué un placer aristocrático, el placer de un corto número de personas distinguidas, instruidas, cultas en sus costumbres y en su lenguaje. Hoy es el placer de las multitudes, de la gente sin educacion literaria, de los advenedizos y aun de los extranjeros, gracias á los poderosos medios de locomocion debidos á la ciencia, personas todas muy diversas en punto á naturaleza, costumbres y educacion, que acuden al teatro mas para distraerse de sus cuidados, de sus negocios y sus viajes, que para recrear su espíritu y ejercitar su pensamiento.

» Estas personas, por lo comun de gusto poco fino, necesitan la broma de brocha gorda, los cuadros licenciosos ó la emocion de las situaciones mas escabrosas de la vida, las farsas de los tablados de la feria ó los terribles efectos de las causas criminales. Tales son los nuevos aficionados al teatro, y tales son tambien las exigencias que los empresarios deben satisfacer á toda costa.

» Además, ha disminuido mucho el número de los asuntos cómicos, y los que quedan provienen mas bien de la excentricidad de los individuos que de las ridiculeces de las clases. A medida que se nivela la sociedad y toma las formas democráticas, el soberano lleva consigo por do quiera el respeto de su persona. Los criados, que son electores y elegibles á la asamblea de los diputados de la nacion, han dejado de ser aquellos seres á quienes se mandaba á palos: los médicos, los abogados, los magistrados y los militares no son ti-

pos grotescos de toga ó de uniforme, ni los maridos son imbeciles de los cuales se puede reir la gente sin escrúpulo.

» Aquí el elemento femenino, que forma la mitad de la concurrencia al teatro, se impone á los autores. El amor es y será siempre el gran atractivo para la mujer en los juegos escénicos. Pero para nuestros contemporáneos no es ya la elegante charla y refinada coquetería de las heroínas de Mairivaux, sino el movimiento natural de los corazones. Despues de la revolucion francesa y de J. J. Rousseau, se concibe que las mujeres del pueblo y de la clase media que se sientan en el teatro al nivel del corto número de señoras nobles que nos quedan, no puedan saborear fácilmente las sutilezas amorosas de aquellos tiempos: necesitan un alimento mas sencillo, mas general, mas á su alcance: la pasion.

» Sin duda alguna debieron conocer esta nueva necesidad de la sociedad Diderot, Sedaine y Beaumarchais, pues los dos primeros, al bajar sus miradas hasta las costumbres de la clase media, y el último, al abrir la vena impura, comenzaron á satisfacerla con aquellos dramas en que la alegría se borraba ante las emociones del corazon. El *Padre de familia*, el *Filósofo sin saberlo* y la *Madre culpable*, obras en que se inicia la pintura de las cuestiones sociales, no contienen mas que sentimientos graves ó apasionados, palabras serias ó conmovedoras.

» En nuestros dias el movimiento se ha acentuado tanto en este sentido, que los hábiles productores de la escena actual no nos representan desde hace ya tiempo mas que la historia de los tormentos del amor, esto es, el amor fuera de las leyes de la sociedad, que es el de las cortesanas, ó el amor en lucha con el deber conyugal, que es el de las mujeres virtuosas. Este último es el que con mas frecuencia vemos en juego, y confesamos que es mucho mas interesante.

» Con efecto, inscrita la igualdad en nuestras leyes, y sobre todo habiendo penetrado hondamente en nuestras costumbres, no es ya la nobleza de la sangre, ni aun la riqueza lo que contraría en realidad la libertad de los corazones, sino el lazo del matrimonio. Ahora bien, el espectáculo de la pasion que salta las vallas del himeneo, es el cuadro mas interesante y conmovedor que puede ofrecerse al público actual, y este espectáculo no tiene nada de risible; antes bien, cuando aparece sin velos y en toda su realidad, imprime á los espíritus una especie de atraccion vertiginosa que no deja de envolver su peligro para su sentido moral.

» En los tiempos de Corneille y de Racine, habia un medio de atenuar los efectos de semejante espectáculo, cual era el de la fe religiosa, el del sentimiento cristiano, cuya mencion mantenía la balanza entre las fuerzas de la naturaleza y las de la razon, y no dejaba que los corazones se retirasen de la vista del combate sin haber recibido una leccion provechosa.

» Empero en nuestros dias, se hacen tantos esfuerzos por borrar de los cerebros toda nocion de la Providencia, que muy luego en el resbaladizo terreno de la seduccion, no quedará otro freno á las almas apasionadas, fuera de las prescripciones del código, que el temor del revolver del amante celoso ó de la espada del esposo ofendido, y no son estos resortes dramáticos muy alegres: ténganlo pues bien entendido los autores contemporáneos.

M. de Sacy era el encargado de contestar á este discurso, y lo hizo con el aticismo y la correccion de que da pruebas en todas sus obras.

El nuevo académico habló poco de M. Empis; y M. de Sacy, con una oportunidad que le valió muchos elogios entre los inmortales, trazó un cuadro mas completo de la existencia literaria de aquel autor que dió infinitas piezas al teatro, cuyos títulos desconoce la generacion presente.

Como de costumbre, M. de Sacy trató despues de las obras del nuevo académico, é hizo de algunas de ellas una crítica que no por estar envuelta en bellas frases, dejaba de ser menos intencionada.

En estas obras encontró materia para introducirse de lleno en la política: es una diversion muy del gusto de los señores de la Academia, y una sesion sin ella seria verdaderamente incolora y lánguida.

Es de advertir tambien que las ideas democráticas bien conocidas de M. Augusto Barbier prestaban materia al epigrama en una reunion que no se compone por cierto de libres pensadores.

Sin embargo, apresurémonos á decir que á vuelta de estas insinuaciones sarcásticas, M. de Sacy ha sabido hacer justicia al autor cuyos escritos merecieron en su tiempo unánimes aplausos.

Dijo que fué el Tirteo de la revolucion de 1830, como Andrés Chenier lo habia sido de la revolucion de 1789, y que como á este último le esperaban decepciones, aunque gracias al cielo, no han sido tan crueles.

El mayor elogio que hizo del poeta, fué llamarle creador de un nuevo género literario, que puede denominarse la sátira popular ó democrática, género que exigía una lengua nueva, no por la invencion de palabras nuevas y extrañas, sino por el vigoroso y osado empleo de las del uso corriente.

« A medida, dice, que subía la oleada de las pasiones que toda revolucion, aun la mas justa, levanta siempre, y que disminuían las ilusiones; á los gritos de los motines, al ruido del tambor que tocaba generala; al espectáculo mas afflictivo aun de la licencia de las costumbres en el teatro y en

los bailes públicos, del desenfreno de las doctrinas y de las ideas mas propias para corromper y abatir el corazon del pueblo, que os pareció tan grande, la cólera ardía en vuestro corazon de ciudadano y de poeta, y las sátiras (*Iambes*) se sucedían con una rapidez inaudita y con títulos á veces extraños que inflamaban mas aun la curiosidad pública... En los años 1830 y 1831 se dieron á la estampa el mayor número. Preciso es haceros justicia: no perdonásteis ningun escándalo que tuvieran por teatro la calle, los salones ó las antesalas; no perdonásteis á nadie, y menos que á nadie á aquel pueblo al que casi habíais divinizado en un principio. Vuestra musa vengadora llevaba valerosamente su lira hasta las riberas pestíferas cuya vista no mas habria hecho huir á otra musa mas delicada. Lo que canta vuestra lira tambien lo pinta, y no debe abrir vuestros libros el que quiera ignorar hasta dónde el genio del mal y el extravío de las pasiones pueden hacer descender á la pobre humanidad, no obstante el signo de Dios que lleva marcado en la frente.»

Ya hemos dicho que el éxito fué inmenso, y M. de Sacy lo reconoce. Desgraciadamente, toda obra de circunstancias se acaba cuando cambian aquellas, y M. Augusto Barbier debió tomar otra senda en la cual forzoso es reconocer que no ha encontrado tanta unanimidad en los aplausos.

Su fama se ha ido perdiendo. Todos los que han olvidado los vigorosos y enérgicos versos de sus sátiras, se encuentran hoy en presencia de un poeta totalmente desconocido, no obstante las *Silvas*, graciosas concepciones de su vena poética, nacidas del capricho en la contemplacion de la naturaleza, del aspecto de una nube que recorre el cielo, del súbito brillo de un rayo de sol que resplandece en las flores; no obstante los *Cantos civiles y religiosos*, elocuente defensa de las virtudes y las instituciones sociales, de la religion, la propiedad, el matrimonio, la ancianidad; no obstante, en fin, las nuevas *Sátiras* que, á la verdad, no tienen bajo ningun concepto, si se exceptúa la materialidad de la ejecucion, la sávia, la intencion y el vigor de las primeras.

M. de Sacy hizo resaltar este contraste con palabras incisivas que fueron muy aplaudidas en el anfiteatro del público, donde tampoco contaba Barbier mas partidarios de su modo de pensar que en las filas de asientos de los académicos.

De todos modos la sesion fué brillante, y en los círculos literarios se han hecho grandes alabanzas de entrambos discursos.

Entre tanto los teatros, confirmando la opinion de M. Augusto Barbier, no nos han dado esta semana mas que algunas de esas piezas del género caricaturesco llevado hasta los últimos términos de la extravagancia.

Ya saben nuestros lectores que en el teatro del Gimnasio se representa desde hace cosa de tres meses una produccion de M. Victorien Sardou que, con el título de *Fernanda*, mereció á su estreno una aceptacion que está muy lejos aun de haberse agotado.

— Ya que todo el mundo acude á ver *Fernanda*, se han dicho ciertos autores y ciertos empresarios, pongamos en escena parodias de *Fernanda*.

Y efectivamente, principió en Variedades la explotacion de la idea con una pieza en tres actos de los señores Busnach y O. Gastineau, titulada *Ferblonde, ó el Abonado de Montmartre*.

No hay para qué decir que toda esta produccion está calcada en una burla tosca de la comedia del Gimnasio, que por ningun concepto tiene nada de literaria. Todo se reduce á juegos de palabras y gracias muy divertidas para los que están al corriente de las crónicas un tanto escandalosas.

Los actores imitan con toda perfeccion á los del Gimnasio, y el público celebra esta elucubracion, propia en verdad de un teatro de feria, mucho mas que de un escenario parisiense.

El teatro del Palacio Real ha hecho otro tanto.

El título es *Fernandinette ó la Rosiere*. La *Rosiere* es como si dijera la doncellita de enfrente.

¡Quiéren nuestros lectores saber los títulos de los tres cuadros!

El primero es el *Tulipan borrascoso*; el segundo la *Corona de Rosiere*, y el tercero la *Nariz del marido*.

Solo estos títulos bastan para hacer correr la gente al teatro del Palacio Real, donde tanto los actores como el público están siempre de broma.

Otra pincelada.

En el cartel se lee: «El primer cuadro pasa en 1832; los dos siguientes no pasan.»

¡Qué de carcajadas prometen estos anuncios extravagantes! Y con efecto, una vez en esta pendiente no hay razon para detenerse en el camino: cuanto mas recargada está la caricatura, tanto mas se aplaude.

En los demás teatros si se ha variado el cartel ha sido porque se ha echado mano de piezas ya olvidadas.

En el Vaudeville se ha resucitado la *Herencia de M. Plumet*, una de las mejores piezas de M. Barriere; pero que ha envejecido algun tanto, por lo cual no nos atreveríamos á asegurar que esta exhumacion producirá grandes beneficios á la empresa.

De todas maneras, los teatros ya saben que ha entrado para ellos la temporada mas fatal de todo el año.

Si alguien se decide á asistir á algun espectáculo nocturno, no va por cierto á esas salas de exiguas proporciones, donde

se respira una abrasada atmósfera, sino al Circo de la Emperatriz, en los Campos Eliseos, donde hay espacio y aire, y mas aun al concierto de los mismos Campos, punto de reunion de la elegancia parisiense en determinadas noches de la semana. Allí en efecto, se pasan un par de horas oyendo buena música y disfrutando de la mas agradable temperatura debajo de los árboles.

MARIANO URRABIETA.

## Poesías.

### A MI BARQUILLA.

Voguemos, voguemos

ESPRONCEDA.

Voguemos, voguemos,

Veloz compañera,

La mar placentera

Purísima está.

Las brisas ya suaves

En dulce concierto

Anuncian el puerto

De felicidad.

Voguemos, la noche

Tranquila y serena

En ella acolmena

Paraisos de amor,

Y en célica esfera

La luna plateada

Nos muestra callada

De vida el albor.

¿No veis á lo lejos

En esa ribera

Rojiza la hilera

De luces sin fin,

Y en mil confusiones

Fantasmas ligeras

Correr mensajeras

Al otro confin?

Pues ese es el puerto,

Veloz barquilla,

Do está aquella orilla

Tan bella y feliz;

Do virgen querida,

Con plácido anhelo,

Prepárame un cielo

De blanco matiz.

Voguemos, mi nave,

Sus labios ardientes

Con llamas fervientes

Me llenan de ardor;

Y bellos sus ojos,

Con tierna mirada,

La hieren colmada

Al alma de amor.

¡Voguemos, que un cielo

De fiera pavura,

De lejos augura

Presagio de horror!

¡Voguemos, que nube

De negra tormenta

De lejos ahuyenta

De un alba el fulgor!

AMADEO ERREGART.

### ¡NO ME MIRES ASI!

No me mires así, que me devora

De tus ojos el fuego abrasador;

Déjame en paz, déjame en paz, señora,

No quieras sepultarme en el dolor.

¡No me mires así, que me despiertas  
La memoria de un tiempo que pasó!  
¡Ay! ¡no remuevas las cenizas yertas!  
¡No prendas el volcan que se apagó!

Oye: un tiempo feliz me contemplaba  
Cuando tus tiernos votos escuché,  
Y una atmósfera pura respiraba  
Adormido en los brazos de la fe.

Pero luego al través de mi locura  
Te ví rendir á otro hombre el corazon...  
Le ofreciste caricias y ternura,  
Y ese hombre se burló de tu pasion...

Yo tambien al rigor de mi destino  
La frente melancólica doblé;  
Vió una flor venturosa en mi camino,  
Y el corazon marchito le entregué.

¡En vano fué! ¡su peregrino aliento  
No pudo mi infortunio consolar!  
¡Agitábame un triste pensamiento,  
Y era imposible, era imposible amar!...

Por distintos senderos nos lanzamos  
De una ilusion engañadora en pos;  
Mas hoy, al fin, de nuevo nos hallamos  
¡Ay, para darnos el postrer adios!

¿A qué amarnos de nuevo? ¿á qué dar vida  
Al árbol que agostara el huracan?  
¡Su sávia para siempre está perdida,  
Secas sus hojas por el suelo van!

¡Adios, mujer! Si en tu pupila aun arde  
El fuego que otro tiempo me abrasó,  
Apágalo por Dios. ¡Es tarde! ¡es tarde!  
¡Mi alma infeliz para el amor murió!

MIGUEL D. GRANADOS.

## Crítica literaria.

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES.

Va para un lustro la vida que cuenta cierta Sociedad instituida en Madrid con el fin declarado en su generosa divisa: *ne majorum scripta pereant*.

Inquirir dónde paran memorias escritas de nuestros mayores, averiguarse con su dueño, corporacion ó individuo; escudriñarlas puntualmente; escoger de ellas la mas preciosa, ya por el interés del asunto, ya por su valor literario; fiarla al juicio perspicaz y diestra mano del mas abonado y puesto en punto por su afición y estudios de estimarla acertadamente, acudiendo á la oscuridad de ciertos pasajes con esclarecimientos y advertencias, y al interés del futuro lector con noticias y comentarios; hacerla finalmente estampar con aquel regalado primor que atrae y deleita al mas esquivo, son sus tareas; labor latente, mansa, prolija y difícil, cuyos resultados se manifiestan de cuando en cuando al público condensados y resumidos en un volumen de singular elegancia y escogida forma.

Si mi memoria no yerra tuvo sus principios la Sociedad en un aposento retirado de la Biblioteca nacional. Juntábanse allí con frecuencia hombres avezados á todo linaje de exploraciones eruditas, hechos al inefable mimo de la gloria, al aplauso público y al lauro académico. De ellos eran el venerable jefe de la casa, predilecto del númen dramático, leído y comentado en las aulas de la docta Alemania como dechado y tipo del teatro español contemporáneo; el historiador de las dinastías arábigo-españolas, insaciable filólogo, tan suelto en los extraños como en el patrio idioma, y usado por tan rara fortuna á ser intérprete de sus propios escritos con el lector extranjero, y cierto amenísimo crítico de otros tiempos, que luego historió nuestra mayor hazaña naval, y es por las condiciones especiales de su carácter, único para servir de fácil y duradero lazo entre los años verdes y los maduros, entre la vehemencia y avasallador apresuramiento de la juventud, y la calma recelosa y un tanto *clauda pede* de la edad madura.

No carecia, ni podia carecer la asociacion en sus orígenes á menos de renunciar á vivir, del elemento juvenil necesario á toda obra de propaganda y de conquis-

ta; representábanlo principalmente dos miembros, soldado el uno, merecedor de serlo el otro, por su marcial desenfado y curioso espíritu de aventuras. Y no ayudaron poco al próspero suceso y rápida extensión de la obra. Por reflexión ó por instinto sabían el poder temeroso de la inercia, y que es preciso á veces violentar dulcemente á la humanidad ó imponerle aquello mismo que desea, ama, y le da ocasion y materia de sano deleite y provechoso entretenimiento. A modo de aquellos sargentos de bandera que reclutaban los tercios viejos, corrian los parajes donde para y se reúne gente al caso, y tomándoles el nombre y las señas de su vivienda, les filiaban legal y derechamente en la sociedad. Así creció en breve y halagüeña la fortuna le deparó un libro propio para satisfacer á los impacientes, aguijar á los morosos y poner en su punto, desde el alborar, el concepto de la sociedad y de los que la muñian y gobernaban.

Dióse á conocer revelando á la actual generacion de lectores el nombre de un escritor humorístico del siglo XVII, hablista consumado, sazonado en el donaire, en tiempos en que la burla sabrosa y ática brotaba del rico raudal de las letras españolas, como brota la risa sonora y franca de cuerpo robusto, recio y superior á toda fatiga y desaliento. *Las cartas de Eugenio Salazar* volaron en pocos días del escaparate de los libreros.

Siguiéronle, compitiendo en fortuna, las *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reinado de Granada*, auténticas y curiosas reliquias de hechos y personajes heróicos; las *Cartas politico-literarias del conde de Gondomar*, sabrosa lectura de los aficionados á intimidades históricas, y el *Libro de las aves de caza del canciller Pedro Lopez de Ayala*, pintoresco repertorio de noticias y costumbres caballerescas, de feudales usos, útiles al novelista y al historiador, como gratos al lector desocupado.

Y este libro, en cuya edicion intervinieron manos diversas, porque las primeras que entendieron en ella, antes de ponerla cabo, y mucho antes del fin razonable de la vida humana fueron entumecidas por la muerte, trae á esta breve reseña un acento de funeral memoria.

Las agrupaciones humanas numerosas ó exiguas, ruidosas ó modestas, señalan su camino como lo señalan las falanjes que marchan sobre un campo de batalla sirviendo de blanco á certeros fuegos enemigos. La asociacion de bibliófilos incansada y constante en su propósito, cierra sus filas, cubre sus claros, pero no olvida á los muertos que deja en pos. Entre ellos quedan dos de los mas eficaces y valerosos, Muñoz Romero, á quien el estudio de los fueros y cartas pueblas, privilegiada ocupacion suya habia pegado la ruda firmeza y espíritu de austera autoridad que respiran tan singulares instrumentos, y Lafuente Alcántara, cuyo ingenio enamorado de las memorias y tradiciones árabes de Granada parecía vivir en íntima y constante comunicacion en aquellas nobles razas extirpadas de su suelo nativo, y cuya prematura ausencia fué varonilmente llorada por un su deudo en acto público celebrado por la real Academia de la historia.

Tanto creció la sociedad, y tan acertadamente fueron administrados sus caudales, que vino á verse en punto hábil de regalarse á sí propia, repartiendo á sus individuos, sin nuevo impuesto, uno de sus exquisitos volúmenes.

Déjase inferir, que para tal objeto habia de rebuscar

curiosamente su caudal de obra reputada, merecedora de nueva ú original estampacion, y escoger una de subidos quilates, de precio singular que á todos gustara, lo mismo al que estudia galas y calidades de la lengua nativa, que á quien deduce del artificio y forma de las obras del ingenio, los límites y nivel de la cultura humana, y á quien en ellas busca como en fiel retrato, la fisonomía y carácter de una época, una sociedad ó una raza.

Para llenar las medidas de su discreta ambicion, tuvo dichosamente á mano un drama considerable, de autor

filósofo traspirenáico: « Dios pone poetas en las sociedades que declinan, como pone nidos en las ruinas para consolarlas. » El poeta dramático solo triunfa y es laureado por dos caminos: pintura de vicios contemporáneos, y pintura de virtudes pretéritas; por eso la musa dramática es esencialmente melancólica, á pesar de su risa cómica, á pesar de su entonacion trágica. Es miseria de la humanidad, y miseria indeclinable, la de ver de bulto, eminentes y definidas, las flaquezas de los convivientes, mientras sus virtudes (que las tienen) y su heroísmo, que se muestra á las veces y tan alto y califi-

cado como el mejor de los glorificados por el tiempo y la distancia, son cuanto mas confesadas y reconocidas; pero pocas veces aclamadas en público sino por fines bastardos, bien ajenos del entusiasmo sincero y generoso. Un héroe vivo en el teatro es aplaudido acaso por una parte del público inerudita y ruda; la culta y letrada, si no rie sus hazañas, sonríe compasivamente de los pequeños que con ellas se endiosan y subliman. ¿ Es soberbia? quizás; ó quizás providencial lección que un juez eterno reitera constantemente y de la cual fué haco y pasajero símbolo el esclavo que seguía con dieterios y escarnios al vencedor romano.

Cuando empero aparece la maldad en las tablas, celos, lascivia ó gula, sed inicua de poder, de sangre ó de dinero, entonces es unánime la aprobacion, unánime el aplauso, y si por azar el ingenio puso su fábula en épocas remotas, pais extraño ó fantásticas regiones, el erudito no se descuida, y excede al ignorante en estimar la victoria del ingenio, abrazando y comprendiendo en ella con la edad antigua la presente, la existencia de la humanidad en todas eras y latitudes.

Durante la primera mitad del siglo XVI y en nuestra España, los poetas dramáticos imitaban ó traducían á los latinos Plauto y Terencio, y si alguno sentía vena mas genuina y espontánea, acudía á la parábola mística, al inagotable fondo bíblico, sazonándolo al gusto ó inteligencia del auditorio con frases, costumbres y aun tipos populares: poesía no exenta de pretension y trascendencia dentro de su aparente sencillez. Limitados y pobres eran la indumentaria y aparato decorativo; pero fáciles á la inmediata comprensión de los espectadores. Aquel pueblo veía salir á las tablas un manco de limpias megillas, con alba y estola, y un cinto de oropel al rededor de la cabeza, y sabia que el personaje representaba una criatura angélica, porque tales veía á los ángeles en las tablas pintadas por las escuelas de Nuremberg, de Brujas ó de Leiden; veíale, por el contrario, disfrazado con amplia y mal peinada barba, honra patriarcal del rostro y de los años, y le tomaba por un anciano; los guantes en sus manos curtidas del sol y del trabajo, le trasformaban á sus ojos en sugeto respetable de autoridad y alcurnia, porque girando los ojos en torno suyo, los hallaba siempre como imponente emblema en las manos del prelado, del juez y del capitán; la diadema le indicaba un rey, la bengala un general, la zalea un pastor y la espada un caballero.

Así se representaron las comedias plautinas de Naharro y Villalobos, así las églogas de Fernandez y Castillejo, así los autos de Encina, Pedraza y Timoneda, así la *Josefina*, de Carvajal, drama misteriosamente envuelto en tinieblas, ofrecido al deseo de los eruditos con el cebo de un título conciso, austero é impenetrable, y sacado ahora á luz por la sociedad de bibliófilos.



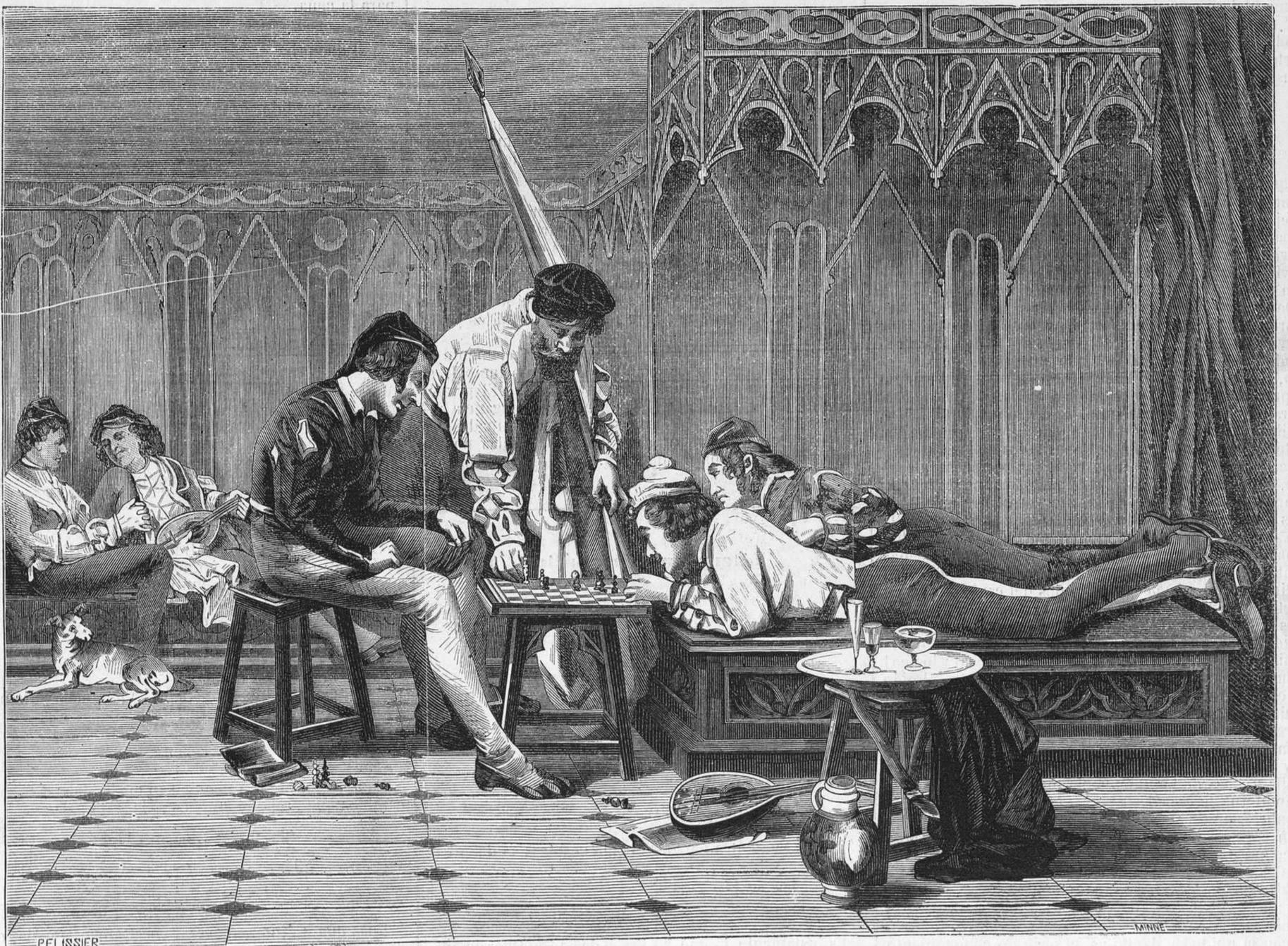
EXPOSICION DE 1870. — *La mañana y la tarde de la vida*, cuadro por M. E. Hebert.

innecesariamente oscuro, de tiempos críticos en la generacion é historia de nuestro teatro. A ilustrar la edicion del poema, á historiar su nacimiento, naturaleza, causas eficientes, importancia é influencia, graduando su valor relativo y el absoluto, se ofrecieron la acendrada voluntad y escogida literatura de un crítico sagaz y disertado, probado ya en empresas parecidas, familiar con los hombres y las cosas de aquella edad.

Es el teatro refinamiento de los placeres del ingenio, deleite de sociedades gastadas por la civilizacion, enervadas por prosperidades y fortunas, roidas ya por su mal de muerte; por eso parece entenderse mas propiamente de los poetas dramáticos la pintoresca frase de un



Exposicion de 1870. — Horno de Kermaria, cerca de Quimperlé, (Bretaña), cuadro por M. J. Guiaud.



Exposicion de 1870. — Pages jugando al ajedrez, cuadro por M. A. Gués.

Carvajal tomó la historia de José, siguiendo puntual y rigurosamente el texto bíblico; así obedecía á la índole de su vena dramática mas inclinada á la exposicion de afectos, á la pintura de caracteres, que á la trama de artificiosas intrigas y confusas peripecias. Sobria y concisa la narracion genesiaca, traza el majestuoso cuadro de las costumbres patriarcales de Israel, de la opulenta tiranía faraónica, y para animar el rico paisaje palestino, la monótona grandeza de la corte egipcia, siembra de trecho en trecho un trozo de diálogo, pregunta y respuesta á veces, una réplica cuando mas, pero de tan jugoso y limpio color, que bastan á descubrir y exponer los misterios oscuros é infinitos de la pasion humana, sus causas, movimientos y resultados. Carvajal dilata estos diálogos segun la conveniencia de su arte y de su tiempo, conservándoles escrupulosamente sabor y tono, y los personajes de la leyenda hebraica, caminan con su genialidad original y su vario atavío por las escenas del drama español. José, magnánimo y generoso, rico de voluntad y de conciencia, dones del hombre escogido, no tanto para halagar la imaginacion del pueblo en poéticas leyendas, sino para dejar huella profunda y cara en la serie de sus dias y de sus miserias; Jacob, el varon cabeza de familia, que sufre los afanes, dolores y fatigas de padre, robusta fibra que aturde á nuestra generacion de melancólicos y descontentos; que llora ó rie sin flaqueza á compás de los quebrantos ó deleites de su alma; que se queja á Dios en las pruebas y le bendice en los favores, que vive animoso su vida de incesante vela y trabajo; y llega á su término con incontrastable seguridad de la obligacion cumplida, y se aparta de ella con el sosiego del labrador y aquellas palabras: *Jam lætus moriar*; el Faraon, magnifico por hábito ó por hastío, dispensador de favores y de sentencias, figura de la autoridad ciega que pasa entre las aclamaciones del triunfo y los lamentos sordos de la cárcel, que se abate en su hora á la autoridad augusta y viva del padre anciano: Benjamin, sagaz y amoroso; Ruben, compasivo y bueno; Judas, generoso y resuelto; las gentes todas que en los incomparables libros de Moisés perpetúan á través de siglos muertos y generaciones desaparecidas, épocas en que la humanidad mira constantemente su espejo, su guia, y no menos ¡ay! su escándalo y su escarmiento.

Dudaba, sin embargo, el poeta de la benevolencia de su auditorio, y quiso granjeársela, pechando al gusto dominante ó mostrándose impuesto en la manera de los cultos y capaz de imitarla en su aparato recóndito y emblemático. E inauguró su accion personificando una pasion humana, la envidia, para declarar por su boca el tema y pensamiento del drama, y trayendo al proscenio al cabo de cada acto, un coro que en unisonos metros resume y compendia la accion escénica y deduce de ella su moraleja ó consejo.

Y por añadidura, y para realzar su obra con sabroso condimento, saca en los intermedios al bobo, y por cierto que este bobo no es el personaje que al decir de Agustín de Rojas años despues bailaba á la postre

Y sacaba tanta lengua  
Todo el vulgacho embobado  
De ver cosa como aquella,

porque el bobo de Carvajal es sugeto que mas tiene de socarron que de inocente, y si se presenta acaso como reflejo y pintura de afectos y gustos coetáneos, tambien dispara frases de agudísima punta y otras que parecen providencialmente destinadas á futuras revelaciones, en prevision del inmediato eclipse y larga ocultacion de la obra y la consiguiente oscuridad de su autos.

De tales elementos se ha de servir quien como el doctor prologuista de *la Josefina* y puntual comentador de sus vicisitudes, se pone en mientes desbrozar lo entreverado y confuso, y apartando materiales ociosos al caso, llegar al fondo y descubrir en él la verdad evidente, pura, indiscutible y palpable á todos.

Grata labor para un erudito la de sacar de tinieblas un libro, y mas grata y mas penosa la de penetrar los misterios del alma del autor depositados en sus hojas y merced á ellos restablecer su vida, sus acciones, su empleo, como en un trillado y revuelto campo de batalla el tardo agradecimiento de la patria, restaura guiado de leves indicios el esqueleto de un héroe muerto por ella para darle honrado y rico monumento. En las letras humanas, á semejanza de lo que en mas altas escenas acontece, el culto ferviente y constante, la meditacion continua parecen esclarecer los ojos del espíritu y hacer penetrable y visible lo mas arcano. ¡Qué revelaciones á veces en una frase! ¡Cuánto sentido en ella fuera de su sentido recto, qué oficio confidencial además del oficio propio que desempeña en el período gramatical y lógico! ¡Cómo se anima la muerta cláusula y susurra al oido con el superior acento de la palabra viva, dominando, venciendo y acabando por oscurecer la yerba palabra impresa! Estos *apartes* interrumpidos y breves, este instinto que aguza y prepara el oido para el eco profundo y grave de aquello que parecia sordo, para la voz limpia y clara de lo que parecia mudo, van lentamente trazando una figura, destacándola sobre el fondo opaco y sombrío, no de otra suerte que la mirada insiste y fija en un paraje, el mas oscuro del firmamento, principia por columbrar algunos astros dispersos y raros, y concluye por descubrirlos tan numerosos y nutridos, que cambian en espléndida luz la oscuridad.

Cuando la crítica se ejerce de tal manera, restituyendo su vida propia á un individuo, resucitando la colectividad con la unidad y dando así el perfecto conocimiento de un estado social, de las costumbres de cierta época,

de las corrientes intelectuales que unian las inteligencias, del fomento de los espíritus, de sus ansias, inquietudes y aspiraciones, se acerca á ser facultad creadora y original. Es Cuvier desplegando su prodigiosa fuerza de induccion para reconstruir un período ante-histórico de nuestra geoda, no solo en su formacion y aspecto físico, sino en la vida hervorosa, múltiple y varia que la poblaba y estremecía. Y tiene otra trascendencia que cuando ligera y fácil, tomando sustancia y aliento de la obra juzgada, abre la mano á volandera fantasia, y haciendo gala de viveza y donaire, se espacia y pierde por lugares tan amenos y deleitosos, cuanto remotos del origen y causas de su trabajo y discurso.

JUAN GARCIA.

(De la *Época*.)

## Exposicion de 1870

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

*La mañana y la tarde de la vida*, cuadro por M. E. Hebert.

No nos detengamos demasiado en el título filosófico de esta obra, pues ni su autor le concede una grande importancia.

Despues de haber agotado todos los vocablos del diccionario para denominar los excelentes estudios de mujeres italianas que expone desde hace veinte años, el eminente director de la escuela francesa de Roma se encontró en un apuro cuando tuvo que poner el título á esta nueva *Rosa Nera* en la fuente. Lo cierto es que en la actualidad, como de costumbre, el pintor ha expresado con todo acierto y exactitud el tipo italiano que conoce, y sabe pintar mejor que nadie, y con una originalidad fuera de toda duda. No nos ocuparemos de la anciana que, repetimos, está ahí para justificar el título del cuadro, y para que el artista pueda entregarse á sus estudios favoritos. Bien se ve que bajo todos conceptos está sacrificada para que triunfe completamente su rival. Esta por el contrario, se destaca en plena luz: los hermosos tonos de su carne se funden con los rayos del sol, y su acilidud respira juventud y fuerza, con esa gracia un poco altanera que es un privilegio de las mujeres meridionales. Los ropajes están hechos con tanta nobleza como gracia. Finalmente, el tipo llama mas la atencion por su extrañeza que por su hermosura: tiene una expresion de fiereza con la cual es preciso familiarizarse para que agrade.

*Horno de Kermaria, cerca de Quimperlé* (Bretaña), cuadro por M. J. Guiaud.

Un hermoso paisaje: el sitio está elegido admirablemente, y todo se agrupa y se dispone bien para producir un efecto pintoresco.

M. Guiaud ha hecho aquí un concienzudo estudio de la naturaleza: la luz está muy bien distribuida, la figura de mujer y las de los animales cuidadosamente dibujadas; lo único que se prodria criticar, es cierta pesadez que se nota en la ejecucion de los árboles.

*Pages jugando al ajedrez*, cuadro por M. A. Gués.

Muchas cosas buenas tiene este cuadro, y las que se quisieran segregar de él están pintadas con tanto cuidado, que la necesidad del sacrificio parece menos absoluta: nos referimos á las dos figurillas del segundo término, que seguramente han sido añadidas á la primitiva composicion, para que sirvan de contrapeso á los pages tendidos en el banco.

Sin embargo, el interés se concentra perfectamente en el centro del cuadro, gracias á la figura principal, el abanderado, cuya ejecucion es muy notable. El primer page de los que están tendidos, tiene una elegancia suma en las formas y en la postura, y examinadas las demás figuras, se ve que se distinguen todas por alguna cualidad digna de alabanza. A. DE L.

## Literatura dramática.

### EL AGENTE SECRETO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

CONDE, aparte.

El agente secreto habla en un estilo muy oriental...

BARON.

Pienso que entre personas como nosotros se debe hablar claramente y sin reserva.

CONDE.

Es justamente lo que yo iba á decir... ¿Quereis quitarnos la máscara?

BARON.

Imposible, si vos no lo haceis antes.

CONDE.

Entonces á un tiempo los dos.

BARON.

¡Justo! (*Despues de vacilar un instante, los dos á un tiempo se quitan la careta y se quedan estupefactos.*)

CONDE.

¡El baron Stanbach!

BARON.

¡El conde Steinhausen!

CONDE.

¿Es cierto lo que veo?

BARON.

¿Mis ojos no me engañan?

CONDE, aparte.

¡Con que el baron es el agente secreto!... ¡Oh, traicion!

BARON, aparte.

¡Qué duplicidad!

CONDE, aparte.

¡Habernos engañado así!

BARON, aparte.

¡Con que el primer ministro es el agente secreto! (*Sale el duque vestido de baile; pero no enmascarado.*)

### ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL DUQUE.

DUQUE, entre bastidores.

Decid á S. A. la duquesa que puede contar conmigo para la cena.

CONDE.

¡El duque!

BARON, aparte.

¡Estoy perdido si me ve con su consejero íntimo!

CONDE, aparte.

No me perdonará que haya tratado de penetrar sus secretos.

DUQUE, interviniendo.

¿Qué teneis, conde; y vos, querido chambelan? Pareceis personas que ven un duende.

CONDE, aparte.

No parece enojado.

BARON.

Me llama *querido* chambelan; no tengo pues nada que temer.

CONDE.

No ha sucedido nada extraordinario, ¿no es verdad, baron?

BARON.

Nada, nos hemos encontrado por casualidad, y como estábamos disfrazados, no nos hemos reconocido en un principio, y de aquí una mútua sorpresa.

CONDE.

Y nos reíamos...

BARON.

Sin que eso quite para que habláramos seriamente cuando se presentó Vuestra Alteza.

CONDE.

Con efecto, el gran chambelan me hablaba de algunos cambios que propone en los empleos de palacio.

BARON.

En los empleos, Alteza.

DUQUE.

Pues que no interrumpa yo vuestra conferencia, conde, dentro de un cuarto de hora tendré que hablaros en mi gabinete. (*Váse.*)

## ESCENA VII.

EL CONDE, EL BARON.

CONDE, aparte.

¡Alabado sea el cielo! Parece que no sospecha nada. ¡Pero qué bien hacia yo en desconfiar del baron!

BARON, aparte

Todavía tiemblo de miedo. ¡Qué compañero tan perdido es el conde. *(El conde y el baron se dirigen hacia el segundo salon, se detienen y se saludan.)* *(Alto.)* Pase Vuestra Excelencia.

CONDE.

Os suplico... Sé muy bien lo que os debo.

BARON.

Yo soy de la casa: los honores de la preferencia pertenecen á Vucencia.

CONDE.

Pues yo insisto, baron.

BARON.

Pues yo tambien, querido conde. *(Al cabo de varios saludos ceremoniosos el conde y el baron se ponen de acuerdo, dándose el brazo para pasar juntos al segundo salon. Entre tanto vuelve el duque de dominó y enmascarado, seguido de su ayuda de cámara Roberto.)*

## ESCENA VIII.

EL DUQUE, ROBERTO, luego EL CONDE OSCAR.

DUQUE.

¿Están encima de mi mesa de tocador mi espada y mis pistolas?

ROBERTO.

Allí están, Alteza.

DUQUE.

Muy bien. No os alejeis, porque puedo llamaros. *(Roberto saluda y váse. — Sale el conde Oscar buscando á alguien con los ojos.)* ¡Ah! El conde Oscar busca al agente secreto para desafiarle. Pues le encontrará... aquí está.

OSCAR.

Por fin le he encontrado. *(Se llega al duque y le toca en el hombro.)* ¿Si no me engaño, érais vos quien bailaba hace un instante con la señorita Ernestina? *(El duque responde afirmativamente.)* Y sé que teneis pretensiones á su mano.

DUQUE.

Me envanezco de ello.

OSCAR.

Pues encontráis un obstáculo en vuestro camino.

DUQUE.

¿De veras?

OSCAR.

Sí, yo soy el obstáculo, yo, el conde Oscar. Renunciareis á Ernestina ó nos batiremos.

DUQUE.

Acepto muy gustoso la alternativa.

OSCAR, aparte.

A fe mia que es hombre de una sangre fria imperturbable. *(Alto.)* Ignorais quizás que el invierno último me adquirí la fama de ser el primer espada en Paris.

DUQUE.

No ignoro ninguna de las perfecciones del conde Oscar.

OSCAR.

¿Y no haceis ninguna objecion para el arreglo de nuestra diferencia por medio de la espada?

DUQUE.

Al contrario. Prefiero la espada á la pistola; es mi arma favorita.

OSCAR.

Os felicito. Sea como quiera, os he advertido leal-

mente. Ahora os suplicaré que os quiteis la careta á fin de que pueda conocer á mi adversario.

DUQUE.

¡Imposible! Como agente secreto del duque tengo el privilegio de conservar mi incógnito en esta córte.

OSCAR.

Como gustéis. Pues ya sabéis que en los lances de esta clase, es preciso que las personas se conozcan antes de cruzar el acero.

DUQUE.

¿Qué importa que no sea así cuando se trata de una lucha de vida ó de muerte? Pero os daré satisfaccion, conde Oscar. El duque ha declarado públicamente que yo era su amigo, y por consiguiente un caballero con el cual podeis mediros sin deshonra.

OSCAR.

¡Impenetrable personaje! No me queda mas que preguntaros la hora y el sitio.

DUQUE.

Dentro de cinco minutos al pié de la estatua de Diana, en el fondo del parque.

OSCAR.

Al pié de la estatua de Diana. Así pues, á la luz de la casta diosa tendré la honra de medir mi acero con el del agente secreto de S. A. el duque. *(El conde Oscar saluda y váse por el terrado. El duque se vuelve á sus aposentos, llamando á Roberto. Sale Netchen.)*

## ESCENA IX.

NETCHEN, luego LA DUQUESA Y EL CONDE STEINHAUSEN.

NETCHEN.

¡Me habria gustado ver la cara del primer ministro y la del gran chambelan cuando se descubrieron! La escena debió ser divertida. ¿Se habrán explicado? ¡Cuánto habria deseado oírles! Pero ¡silencio!... Hé aquí al conde y á la duquesa, cuya agitacion indica que están tratando de algun asunto importante. No soy curiosa por mí, no me gusta escuchar en las puertas; mas aquí puedo hacerlo sin indiscrecion, pues obedezco á las instrucciones de mis amos... Ese gran pedestal con el jarron que tiene encima parece estar ahí para servirme de escondite... Pronto, pronto, que llegan.

*(Se esconde detrás de un gran jarron de China. — Salen la duquesa y el conde.)*

## ESCENA X.

NETCHEN, LA DUQUESA Y EL CONDE.

DUQUESA.

Es horrible lo que me decís, conde; me cuesta mucho trabajo creer que nuestro gran chambelan haya podido desempeñar un papel tan vil, tan cobarde y tan ingrato.

CONDE.

Desgraciadamente me consta, pues he adquirido la prueba por mí mismo, y gracias á este ridículo traje, con el cual he rebajado mi personalidad durante una hora. Os repito, Alteza, que el agente secreto del duque no es otro que el baron Stanbach.

DUQUESA.

¡De quién fiarnos, despues de semejante perfidia! ¡Ingrato! ¡Le honraba con toda mi confianza y le daba parte de todos mis planes! Todo se explica ahora. Era el hombre mas propio para revelar nuestros secretos al duque, puesto que él los conoce todos.

CONDE.

Eso es atroz, Alteza.

DUQUESA.

¡Un hombre á quien he colmado de favores volverse contra mí y servir de agente secreto á mi hijo!

CONDE.

¡Es espantoso!

DUQUESA.

Ya no puedo contar sino con vos, querido conde. Aconsejadme, ¿qué debo hacer?

CONDE.

Paréceme, Alteza, que ante todo, debeis desembarazaros del gran chambelan.

DUQUESA.

No deseo otra cosa; pero ¿cómo hacerlo?

CONDE.

De un modo muy sencillo: enviándole esta misma noche al castillo de Spilsberg.

DUQUESA.

¿A la cárcel de Estado?

CONDE.

Justamente. El aire de esa fortaleza está indicado para los enfermos de la córte.

DUQUESA.

Pero el duque se va á poner furioso si ve que tratamos así á su agente secreto.

CONDE.

Vuestra Alteza debe tener presente que ese agente secreto es un mito, un ser inmaterial y que nosotros no le conocemos, de modo que el duque no puede ofenderse porque tomáis una garantía material contra el cuerpo material del baron Stanbach.

DUQUESA.

Ingenioso argumento. Adopto vuestro parecer, conde; el baron irá á respirar el aire de Spilsberg y será fácil inventar alguna excusa para su repentina desaparicion de la córte.

CONDE.

Sí, se esparcirá la noticia de que se le ha visto á solas con una señora en un coche; saben que es amigo de galanteos, y esa crónica escandalosa distraerá al público.

DUQUESA.

Si puedo separarle del duque durante algunos dias se cumplirán los planes que he formado. Tomareis pues, las medidas oportunas para que prendan al conde esta misma noche.

CONDE.

Todo se ejecutará segun las órdenes de V. A. Por fortuna tengo en mi cartera algunos mandatos de prision en blanco firmados por el duque... Es bueno estar prevenido por causa de los amigos. Voy á poner el nombre del baron en uno de esos papeles y se le entregará al capitán de guardias para que proceda á su prision inmediata.

DUQUESA.

Y á fin de que se ejecute sin demora, yo mandaré enganchar mi carruaje para llevar el preso á su destino. *(Váse.)*

CONDE, solo.

Me entristece que por mi causa prendan así á un antiguo colega; pero puesto que uno de los dos tiene que ser sacrificado, mas vale que lo sea el baron. *(Váse y Netchen sale de su escondite.)*

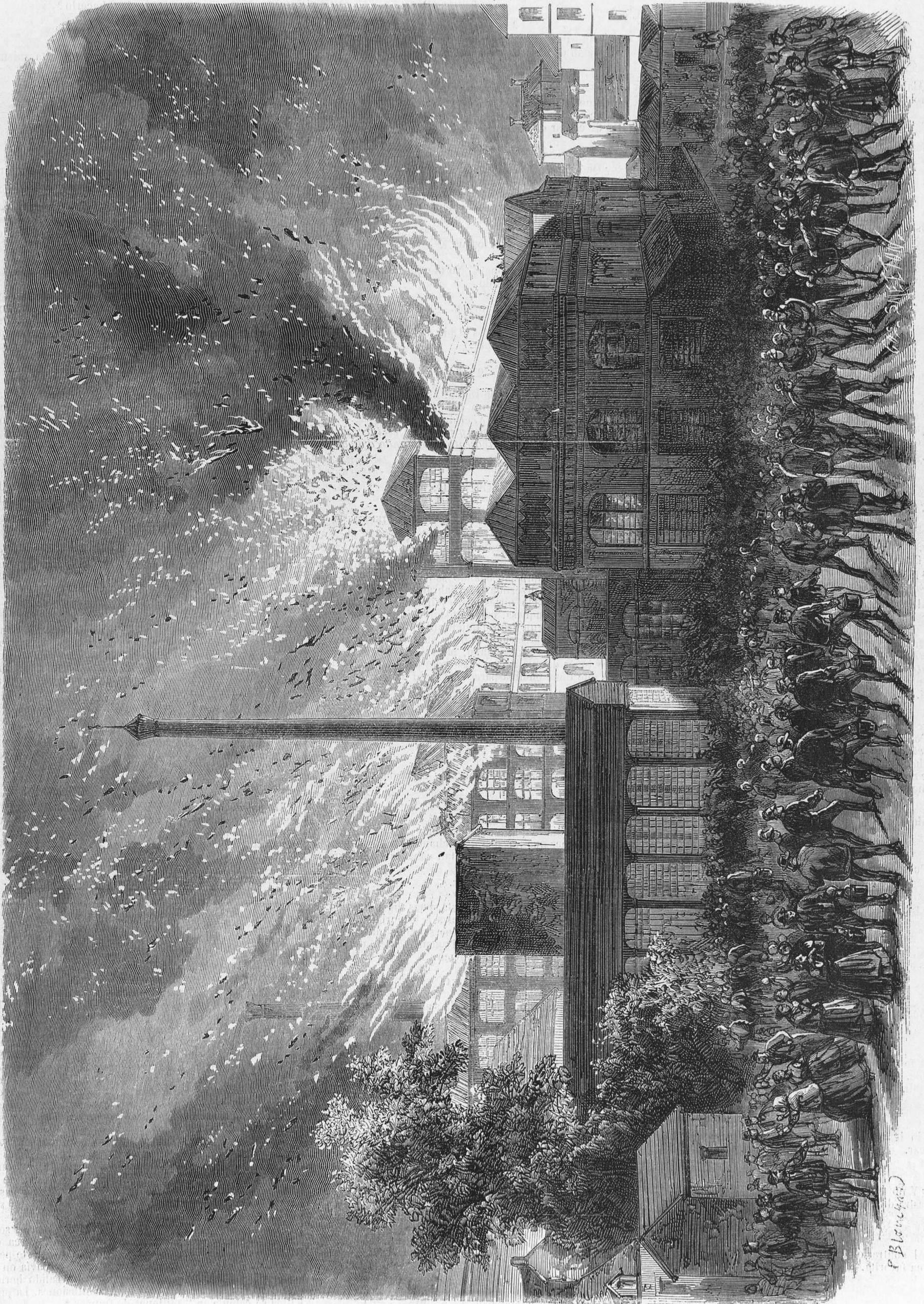
*(Se continuará.)***El incendio de Elbeuf.**

El 8 de mayo, en el momento que la poblacion de Elbeuf esperaba el resultado de la votacion del plebiscito, resonó un grito de alarma: era que acababa de declararse un incendio en uno de los establecimientos de M. German Roze.

No obstante la actividad que se desplegó para combatirlo, el fuego tomó incremento y se comunicó á la fábrica ocupada por M. Fleury Desmares, dependiente de los establecimientos de la señora viuda Chenneviere, situados á 6 metros de distancia. Los progresos fueron terribles, y en el espacio de una hora las llamas se extendieron á seis establecimientos, que cubrian un espacio de treinta hectáreas.

No habia entonces bastantes bomberos ni suficiente material. Amenazada la ciudad, pidieron socorros á Ruan, que por tren rápido envió una parte de sus bomberos con muchas bombas. Entonces, á la una de la mañana, limitaron el fuego para resguardar las casas inmediatas y lo restante de la hermosa fábrica que representa nuestro dibujo.

Toda la poblacion estuvo en pié toda la noche, y solo al amanecer pudieron dominar el incendio. Cerca de 2,000 piezas de paño, de las cuales la mayor parte pertenecen á M. Fleury Desmares, humean todavia en el monton de escombros. Un bombero ha salido herido gravemente, y otros han recibido contusiones. La pérdida se calcula en 3 millones de francos. E. L.



EL INCENDIO DE ELBEUF.

P. Boncompagni

Señales para los ferro-carriles, propuestas por Cham.



Para indicar la salida de un tren  
De día.



De noche.



De día.



Para indicar la salida de dos trenes.  
De noche.



Para indicar la salida de tres trenes.  
De día.



De noche.



Para indicar la salida de cuatro trenes.  
De día.



De noche.



Para indicar la proximidad de un túnel.



Para indicar un tren de mercancías.



Para indicar que hay que apretar los frenos.



Para indicar que hay que aflojar los frenos.



Para indicar que se ha soltado el tren de la locomotora.



Para indicar un descarrilamiento



Para indicar dos descarrilamientos.



Para indicar que se halla el tren en mala disposicion.



La fuerza de la costumbre.

## El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

— Pero Emilio continúa tan triste, replicó don Juan, que no puede uno menos, al verlo, de contristarse igualmente.

— Muy triste está, dijo Santiago; tal vez desea quedarse solo y nosotros lo estamos incomodando.

— ¿Por qué tanta pena, Emilio? preguntó don Juan.

— ¡Ah! contestó Emilio, esto no es pena: es desgracia... es horror... es el rastro de la maldición...

— ¿Qué hay? preguntó con celeridad don Juan.

— Tal vez la señorita Adelaida... añadió Santiago temblando.

— No puede ser, continuó don Juan empezando a sospechar algún secreto terrible. Sin embargo, si es un sufrimiento que mi amistad deba ignorar...

— La mía lo ignorará, dijo Santiago; pero juro á usted que estoy muy ansioso de hacerle algún servicio señalado: y sea que Vd. me confie su secreto, cuyo honor no pretendo todavía, ó que me lo deje ignorar, ordéneme cuanto quiera en su servicio, que yo sin replicar obedeceré en el acto.

— ¡Gracias, Santiago! contestó Emilio con tristeza: ya me acordaré de sus ofrecimientos.

— Hará Vd. muy bien, añadió Santiago; y mi amistad recibirá ese recuerdo como un favor honroso.

Después de un rato de conversacion no menos cruel para Emilio, viendo don Juan y Santiago que su visita no podía consolarlo y que reservaba algún secreto de gravedad, iban á retirarse; pero Emilio los detuvo.

— ¿Qué hiciéramos, don Juan, dijo con interés, para que ahora mismo se le quiten al Mordedor los grillos que le han puesto?

— ¿Usted desea tal cosa? replicó don Juan lleno de admiracion.

— Sí, señor, repuso Emilio. Yo no debo tolerar, añadió, que mis amigos me estimen al favor de un error que no puedo alimentar sin bajeza: no ¡don Juan! ustedes van á aborrecerme, porque entre esos delincuentes hay un hombre que me interesa demasiado.

— ¿De veras? preguntó don Juan.

— Sí; respondió Emilio llevando el pañuelo á los ojos para disimular su vergüenza.

— No importa, dijo Santiago; á mí tambien me interesará, pues, ese hombre, y lo mismo á don Juan.

— ¡No han comprendido á un hijo desgraciado... envilecido! exclamó Emilio.

— Sí... dijo don Juan después de un rato de silencio: ¿no es verdad, Emilio, que puedo comprender y he comprendido acaso, su imprevista desgracia?

— Sí, don Juan; tal vez me ha comprendido, y yo no puedo ni quiero explicarme más.

— No es necesario, Emilio; ya lo hemos comprendido y conocemos la gravedad de ese secreto.

— Y sabremos, añadió Santiago, corresponder á la bondad con que Vd. nos ha indicado su infortunio.

— El es inmenso ¿no es verdad? repuso Emilio.

— Sí, dijo Santiago; pero por formidable que sea, usted no debe abaturse.

— No, mi querido Emilio, añadió don Juan, echándole los brazos: el valor es una cualidad que suele hallarse en el vulgo, cuando se limita solo á dar serenidad ante un enemigo que puede morir ó matarnos; mas el valor de Vd. hoy, debe elevarse hasta el grado de darle impavidez ante ese enemigo inmortal que se llama la desgracia.

— Sí, dijo Santiago, nosotros deseamos sufrir con usted, y mas que todo, aliviarlo; ¿qué podemos hacer? Empléeme Vd. en algo y yo defenderé y atacaré á quien me indique.

— Es preciso, dijo Emilio, que defendamos al Mordedor.

— Está bien, contestó Santiago: iremos donde el doctor Témis á rogarle que por su parte se ponga inmediatamente á trabajar en el mismo sentido.

— No, contestó Emilio, todavía no quiero que el doctor Témis se instruya de este secreto terrible y desgraciado: me moriría de vergüenza si lo supiera antes de que yo pueda ausentarme para siempre.

— ¡Emilio! dijo don Juan: el doctor Témis es un hombre sin preocupaciones, un amigo poderoso que puede fácilmente salvar á las personas por quienes usted y nosotros nos interesamos. Conviene, pues, hablarle cuanto antes; él guardará fielmente este secreto que al fin tendrá que saber.

— Con todo, replicó Emilio, todavía no quiero que lo sepa. Recuerde Vd. el anuncio de Monterilla cuando dijo que el doctor Témis me abandonaría... ese anuncio se cumplirá, don Juan; y Vd. no puede concebir el dolor que sentiré al persuadirme de que aquel hombre me rechace como á ente degradado. No: es mejor, por ahora, que Vds. se limiten á un asunto que le importa mas; y le digan tan solo que la Cisne está en casa del señor Osman.

Mas oyendo entonces que las señoras bajaban la escalera, Emilio temiendo que sus amigos fueran á incurrir en alguna indiscrecion involuntaria, se apresuró á recomendarles el secreto que les acababa de confiar.

En efecto, las señoras extrañando el encierro de Emilio y atribuyéndolo á que estuviese enfermo, bajaban á visitarlo, y se presentaron en su cuarto todas, inclusa la Cisne. Esta conociendo inmediatamente á Santiago, á pesar del vestido elegante con que lo veía, se sorprendió dando muestras de una notable turbacion. El tambien la conoció; y no pudo prescindir de alterarse visiblemente, pero de una manera que manifestaba el gozo con que veía en calidad de dama, á una jóven respecto de la cual, sentía hacia mucho tiempo el mas vivo deseo de que no fuese lo que don Juan se imaginaba. Este por su parte se quedó pensativo acordándose del dia en que la Cisne entró en un salon donde Emilio y Adelaida eran felices, mientras que ahora aparecía ella feliz, y Emilio y Adelaida eran desgraciados.

La conversacion que se entabló allí fué todavía mas amarga para Emilio que la de don Juan y Santiago pocos momentos antes. Adelaida angustiada trataba sin cesar de cambiarla, pero sus tentativas eran infructuosas y veía padecer á Emilio los mas crueles tormentos á cada palabra, sin lograr dirigir la escena que le oprimía. Al fin se paró disgustada y puso decididamente término á tan ingrata visita, obligando á sus compañeras á retirarse.

Santiago sintió pena al ver salir á la Cisne, cuya belleza habia estado admirando, y observaba con raro placer que al lado de Adelaida y de las otras señoras, brillaba lo mismo que ellas, á pesar de estar un poco pálida, como lo estaba igualmente Adelaida; y de verse á las otras tan rozagantes y animadas.

Allí, como en el concierto, su imaginacion le habia traído á Bacliza; pero al pensar en ella sintió que descendía como descendiendo un alma cuando en medio de un jardín aromático y brillante, se presenta á la vista el fofó y espinoso nopal.

Ya no la amaba y solo creía que lo habia seducido á favor del tinte ilusorio que adquiere la belleza cuando únicamente se la ve entre los árboles, á la orilla de los arroyos, y con esa imaginacion voluptuosa de los campos.

Después de una larga visita se retiraron don Juan y Santiago dejando solo á Emilio, para ir á tratar de que se quitasen los grillos al Mordedor.

Emilio se quedó ocupado de uno de sus mas horribles pensamientos, pues en la visita de las señoras, se conversó sobre la pena de muerte con motivo de la situacion en que la Cisne se habia visto la noche anterior.

— Sí, decía Emilio solo, esa es la pena que se impondrá á mi padre cuando sea aprehendido; y mientras tanto el hijo desventurado buscará en vano el reposo en estas noches eternas, en que en lugar del sueño que debia sostenerlo, no habrá sino la vigilia que debe aniquilarlo. ¡Sueño! no. Entregar al sueño un mal muy grande, es quedarse con él, porque el sueño lo exprime sobre la sien palpitante del desgraciado que se alejarga. Dormido ó despierto no verá en adelante al lado de mi lecho, sino un patíbulo manchado con la sangre de mil asesinos que Emilio tal vez execró cuando tenia derecho de baldonar el delito; y ese patíbulo se teñirá después con una sangre que Emilio besará con respeto, porque ya tiene obligacion de honrar al criminal. Aquellas manos lívidas, con sus terribles letreros, llevarán en peso siempre delante de mí, el asiento infame del ajusticiado; y por la noche lo clavarán al lado de mi cama, ofreciendo en seguida á mis ojos sus palmas amarillentas, donde verá escritos esos conceptos que tanto me atormentan: ¡Infeliz Emilio, que te compadezca Adelaida! ¡Emilio desafía la muerte y no teme la desgracia! palabras secas como mis ojos estas últimas, húmedas y blandas como mi corazón las primeras; burla picante de mi desventura, como fué mi alma la burla de mis sueños en noches infantiles... sueños de cadalso y deshonor para las noches de mi adolescencia. Y cuando aprehendido y juzgado mi padre vaya á contar los latidos de su pecho agitado en la capilla de la cárcel... Sí, entonces sus noches y las mias serán lo mismo... las noches angustiosas del reo de muerte... ¡y ese reo es mi padre! ¡Ah! qué tristes momentos para el desgraciado... yo tal vez no alcanzaré á pasarlos; porque mi juicio se trastorna... me siento débil... y enfermo... ¡Oh, Dios mio: tened piedad de mí: no me conserveis demasiado!... ¡Adelaida! Sí: tu infeliz amante va á ver á su padre vestido con una túnica blanca y ensangrentada, saliendo de una prision con la cabeza descubierta... marchando hácia el patíbulo con esa fisonomía macilenta del que lleva muchas horas contando los últimos momentos de la vida... mirará á todas partes con los abiertos ojos de la angustia, con esa expresion triste del que va despidiéndose de todo para siempre: expresion grave como la muerte, pero afable y humilde al mismo tiempo como la del que implora compasion y busca unos brazos abiertos para arrojarse en ellos... No, todos los brazos estarán entonces cruzados sobre el pecho del mudo espectador que repetirá consternado: este era un ladron... un asesino... ¡es el padre de Emilio Castelvi!...

Emilio siguió discurriendo lleno de dolor, sobre la pena de muerte; y á pesar del caso en que se hallaba, por último exclamó:

— ¡Padre insensible! ¿Cómo podría haberos detenido el patíbulo, cuando no pudo deteneros la generosidad paternal? Sí, padre mio: vos y yo no podemos comprendernos, y vuestro fiero egoismo va á arrojar sobre mi frente las manchas de vuestra sangre que ha de marchi-

tar para siempre el pensamiento que Dios y el honor fecundizan: esa sangre entrará tambien en mi corazón y bien pronto lo hará palpar como el vuestro palpito haciendo estremecer á los hombres con cada uno de sus latidos. En mis venas tal vez no corria antes vuestra sangre: la sociedad va á ingerirmela para completar la obra imperfecta de la naturaleza, y hacerme absolutamente un hijo vuestro. ¡Padre mio! sois un egoista ferroz, y no mirais la muerte ni el patíbulo como los miro yo. Si para vuestros ojos que nada ven al través de las pasiones, no ha bastado, padre ciego, ese espectáculo tan grande, el mas abultado que puede ofrecer la sociedad, y que se llama el banquillo, ¿cómo podría bastar el mas tierno que da la naturaleza y que se llama un hijo? Pero... ¡piedad, padre mio! Mi juicio se extravía; ¡perdonad á vuestro hijo que ya no puede hablar mas que horrores... ni pensar mas que muerte... ni sentir mas que dolor!...

Pasadas largas horas Emilio vió entrar á Santiago que venia á decirle ser difícil se quitasen los grillos al Mordedor, si el doctor Témis no se interesaba en ello, lo que era imposible esperar, porque estaba poseído contra aquellos delincuentes de un furor tan extraño, que iba, segun decia, á excitar vigorosamente á la justicia para la pronta persecucion de todos ellos, y redoblar sus esfuerzos para que fuesen aprehendidos y castigados con la severidad mayor que permitieran las leyes.

Emilio, sin embargo, insistió en que volviesen á hablarle, pensando ir esa noche donde Monterilla, para arreglar no solo cuanto fuese relativo á la defensa del Mordedor, sino mas que todo, los medios como podría conseguir que su padre se ocultase lo suficiente para no ser aprehendido mientras se disponia un medio seguro de que saliese de Bogotá, con cuyo logro Emilio mismo, segun habia resuelto, podía irse tambien para no volver jamás.

## IV.

### LOS COMUNISTAS.

Monterilla esa noche esperaba en su cuarto la venida de Emilio en virtud de la cita que se habian dado. Lo acompañaban tan solo Soliman y Oropimente, pues el Mordedor seguia con sus grillos muy remachados, y don Adolfo no queria hallarse en presencia de Emilio. Monterilla habia reunido aquellos dos compañeros, no solo con el fin de aprovechar la ocasion de ir empezando, ayudado por ellos, á mover á Emilio en el sentido de que llegase á ser su colega como se lo habian prometido, sino tambien porque habiéndole cobrado cierta especie de temor, consideró prudente recibirlo acompañado de dos hombres en cuyos brazos tenia una confianza completa, porque estaban adiestrados tanto en la rapiña como en el pugilato.

Monterilla llenando en todo caso sus funciones esenciales de presidente, estaba sentado á la mesa en el mismo asiento que la noche anterior habia ocupado la Cisne, y en los bancos de abajo se veian á la derecha á Soliman y á la izquierda á Oropimente. Después de un rato de conversacion familiar, Monterilla con mucha gravedad instaló la sesion, que convenia mucho estuviese bien ordenada cuando Emilio llegase, lo que segun la hora prefijada, debia tardar algunos momentos, durante los cuales podian ocuparse de varios asuntos importantes de entre los muchos que Monterilla llamaba particulares, y cuyo debate por lo mismo no exigia una junta plena, sino antes bien el menor anuncio posible.

— Celebro mucho, dijo Monterilla dirigiéndose á sus socios con ademanes diplomáticos, que no hayan podido concurrir esta noche á la junta don Adolfo y el Mordedor, quienes por diferentes motivos son tan adictos á Emilio y á las personas que le interesan, que no seria conveniente discutir con ellos ciertos negocios, que sin embargo, importan mucho al resto de la compañía, y aun á toda ella, si bien se considera. Por tanto, encargándolos la reserva, procedo, si no tenéis algunos asuntos mas urgentes que llamen vuestra atencion y merezcan discutirse primero, á dar lectura solemne á un documento que puede venir á sernos altamente ventajoso.

— No me opongo, dijo Soliman.

— Yo tampoco, añadió Oropimente.

— Pues bien, dijo Monterilla sacando del bolsillo la carta que la Cisne habia dejado sobre la mesa. En virtud de varios accidentes que la junta sabe ya, ha llegado á mis manos esta carta dirigida á Santiago, y cuyo tenor es el siguiente:

« Caballero:

Voy á morir; y este papel que no llegará á sus manos sino cuando ya no exista la mujer desgraciada que lo escribe, será para Vd. una voz que sale de la tumba, será como una carta que en la region de los muertos se ha escrito delante de Dios para remitírsela en alas de la verdad á un mortal sensible y generoso.

Debo morir... pero tengo algo que legar al mundo: mis secretos á Vd., la verdad á la opinion, mi ejemplo á mi sexo... Cuando se va á morir necesita el corazón despedirse de alguna cosa... decir adios á otro corazón; es entonces que se tiene la vanidad del sentimiento, y se desea que el alma no enmudezca antes de que la muerte selle los labios para siempre. Yo con todo, nada tengo en el mundo de que despedirme... para mí no hay corazón ninguno que me diga adios.

Podría, es verdad, escribir de preferencia á otro hombre que quiso protegerme; pero su nombre fué un

secreto que me recomendó y que no puedo consignar aquí: siendo además ese hombre demasiado severo para que mis pobres palabras pudieran interesarle, como espero interesen á un jóven como Vd. que siquiera por un momento me habló de amor con el corazón.

Cuando Vd. me dijo que me adoraba, sonó en el fondo de mi alma una voz cuyo acento me habria parecido, al ser menos desgraciada, esa ilusion con que la felicidad merece los corazones dichosos, y cuyo nombre por demasiado dulce, apenas osa pronunciarlo una virgen, bajando los ojos, ó escribirlo cuando va á morir y puede por tanto mirar sus letras con la indiferencia y superioridad con que todo se ve en el mundo al dejarlo para siempre. De esos secretos vanos para el que muere, pero interesantes quizá para el que vive, me atrevo á valerme ahora con el fin de mover su labio veraz y generoso, á que divulgue mi inocencia y evite que mi sepulcro sea profanado por el error funesto que durante mi vida no puede disipar, porque la verdad era increíble si yo no moria para hacerla brillar con mi sombra.

Jamás vaciló mi carácter, aunque alguna vez vacilé mi pensamiento; y llevando siempre una vida infeliz, solo me salvó del peligro la resignacion con que preferí la pobreza y hasta la humillacion aparente, á la infamia y á la humillacion verdaderas, ganando con mi abnegacion el privilegio de librar mi memoria siquiera, de la deshonra injusta de una situacion que no siempre pude esconder al juicio de la opinion, y que ante el mio propio jamás pudo mancillar mi conciencia...

Monterilla siguió leyendo algunos pasajes de la vida de la Cisne con los cuales concluía ese documento que no podia considerarse como una carta, sino como una súplica interesante, dolorosa y delicada.

Cuando acabó de leer dijo poniendo la carta abierta sobre la mesa:

— Dos proyectos á cual mas hermosos me han ocurrido con la lectura de esta carta. Primero que nuestro amigo Oropimente, cuya sana filosofia lleva el comunismo hasta poseer con rara perfeccion el arte de imitar toda clase de letras, haciendo así desaparecer ante su talento, la funesta propiedad de la escritura, escriba una carta en esa letra, cambiando el sentido, para que, remitiéndosela á Santiago, quien segun se ve claramente, es el amante desconocido de la Cisne, nos vengamos deshonrándola por su propia confesion, y quitándole ese amante, cuya pérdida no dejará de ser para ella dolorosa, á la vez que útil para nosotros. Segundo: fingir una carta como dirigida á Emilio, en la que hablándole la Cisne en calidad de amante, diga tambien algo acerca de Adelaida; de modo que haciéndola llegar á manos de esta, aquel pierda su querida y se haga así mas fácil el logro de nuestros deseos.

— Este último proyecto, dijo Oropimente, me parece el mejor, puesto que siendo Emilio quien ha llevado á la Cisne á casa de Adelaida, el lance adquiere con esta circunstancia una gran verosimilitud que Emilio no puede disipar fácilmente, cuando al saber que su padre fué el asesino de don Mateo, no puede estar para andarse en galanterías.

— No es, dijo Soliman, muy malo ese proyecto, aunque es bien difícil de practicar, segun mi opinion. Yo estoy pensando un tercer arbitrio muy útil á lo menos para mí; y que tiene la ventaja de ser en extremo fácil, si es que ha de realizarse, y de que si no se logra, nada absolutamente se pierde y nos divertimos de un modo muy inocente.

— Exponga Soliman su proyecto, dijo Monterilla, que la junta está pronta á disculpirlo concienzudamente y con la debida imparcialidad, atendiendo no obstante á los intereses privados de tan digno colega.

— Como vosotros sabeis, continuó Soliman, yo tengo una hija á quien llamo Veratrina; linda muchacha y de raro ingenio: mas una cáfila de seductores la ha pervertido en tales términos, que ya no sé qué hacer con ella. Muy fácil seria que esa carta fuese mas bien firmada por Veratrina.

— Eso no puede ser, dijo Monterilla, pues la carta de la Cisne hace mencion de no sé qué conversacion con Santiago.

— Ya lo veo, replicó Soliman; pero todo está bien claro en la carta, y Veratrina sabria perfectamente lo que habia de hacer y decir. Por lo demás, la carta puede componerse como mejor convenga al objeto: todo depende de los detalles de mi plan que pensaré en breves momentos y expondré á mas tardar, cuando termine la audiencia de Emilio y se retire.

— No puede, dijo Monterilla, aceptarse ó rechazarse el proyecto, si no se llena, por lo menos, la fórmula que prescribe el reglamento, indicando de pronto algun plan que deje la esperanza de realizacion; bien que el proponente conserve el derecho de variarlo ó perfeccionarlo despues.

— De pronto expondré, dijo Soliman, que Veratrina representará el papel de una dama, cuyas circunstancias puedan halagar de algun modo á Santiago; y esa carta nos servirá para que él tenga ocasion de enamorarse de aquella, pues repito que es linda como una rosa; y será fácil hacer el casamiento. Si esto no se lograra, poco se pierde: siempre es bueno procurar el establecimiento ventajoso de nuestros hijos.

— Ese proyecto, dijo Monterilla, puede lograrse si se maneja con mucha destreza; pero es ya independiente, si no me engaño, de la carta de la Cisne, que yo no sé para qué sea necesario en este caso.

— Para servir de pretexto, replicó Soliman; y para

lograr al mismo tiempo la deshonra de la Cisne, con lo que se lleva á efecto el primer pensamiento del señor presidente, y al mismo tiempo el mio.

— Todos esos son proyectos descabellados, dijo Oropimente; y nosotros tenemos ahora muchos asuntos entre manos para meternos en vencer nuevas dificultades. Lo mejor es lo mas fácil; hacer el cambio de la carta y entregar la falsificada á Santiago. Así la Cisne quedará deshonrada y su amante no pensará mas en ella. Despues de esto podremos ocuparnos con el detenimiento que corresponde, de la ventajosa colocacion de Veratrina.

— Convengo por ahora, dijo Soliman; siempre que en el acto quede consignado en el libro particular, un acuerdo que disponga definitivamente, sea Santiago mi futuro yerno.

— Está muy bien, dijo Monterilla.

Y tomando el libro iba á escribir cuando se presentó Emilio flaco y desfigurado.

Todos se quedaron en su puesto, y Monterilla dejando el libro abierto, ofreció á Emilio un asiento al lado de Soliman. Emilio sin pensar mas que en el descanso que necesitaba, se sentó reconviendo á Monterilla por no haberle cumplido la promesa que le habia hecho de una audiencia á solas como la que necesitaba; pues si en presencia de un testigo de su conocimiento no habia podido hablarle la noche anterior, menos podria hacerlo delante de dos que le eran completamente extraños.

— No tenga Vd. cuidado, contestó Monterilla, que los señores están al cabo de todos los negocios de que los dos podernos ocuparnos, son íntimos amigos de su padre y desean serlo de Vd. Puede, pues, hablarnos con confianza, sin olvidar que está entre gentes de las que ningun motivo tiene para quejarse.

— Pido la palabra, gritó Oropimente desde su asiento y disponiéndose á hablar con elocuencia.

— Tiene la palabra el señor Oropimente, dijo Monterilla haciéndole una reverencia diplomática.

— ¡Qué palabra! exclamó Emilio. No vengo á oír discursos de nadie, sino á que Vd., señor Monterilla, me diga francamente dónde está mi padre.

— Infringe Vd. el reglamento de la junta, contestó Monterilla con seriedad. Sin embargo, para que el señor Oropimente pueda hablar, repito que tiene la palabra.

— Sí, señores, dijo Oropimente, poniéndose de pie en actitud oratoria y con la ruana al hombro. Su padre, caballero Emilio, el denodado don Adolfo, que con tanta justicia se ha hecho digno de la admiracion de esta compañía, no ha concurrido á la junta en la presente noche, porque ha temido las reconveniones de un hijo desnaturalizado. ¡Ah! Reconveniones injustas en verdad y anticristianas en demasía, como pienso demostrarlo con este breve discurso, mientras mas extensamente me ocuparé del asunto en otro que tengo preparado, para en ocasion menos importuna, llevar la evidencia al mas alto punto que lógica humana pudo elevar la verdad. Cuánto se contrista mi corazón femenino y sensible al contemplar que don Adolfo Castelvi, *todo* valeroso como él es, rehusa una entrevista demasiado tierna para su hijo, y vergonzosa para quien como don Adolfo, todavía no está bien poseído del espíritu filosófico de esta junta, y solo piensa en obtener algun día el perdón de su hijo, á quien contra todas las leyes de la naturaleza, considera como un juez inexorable y severo que va á fulminar la sentencia sin apelacion. ¡Funesto resultado de ese terrible derecho de propiedad, que pesando de siglo en siglo sobre las generaciones embrutecidas, las ha condenado á romper ante su altar de oro los santos lazos de la sangre, á hollar indignamente los derechos de la humanidad, y mas que todo, el libro del Evangelio... Sí... Sensible y religioso auditorio; siento tener que tocar lo mas blando de vuestros corazones; pero la religion inmaculada del cristianismo condena la propiedad. Esta, señores, es una ley impía que ultraja al filosofismo y disuelve las sociedades. Sí, ¡caballero inexperto! ¡jóven preocupado! ¡hijo insensato! Lejos de avergonzarnos ante nosotros de ser el descendiente de un comunista, debiais evanesceros de que vuestro padre, superior á los errores de su tiempo, vaya mas allá á practicar la verdad; y considerando las cosas como son en sí, con un ánimo libre de preocupaciones, elevado y noble, venga á esta tierra, y en su excesiva miseria tome el pan donde lo encuentre, porque ese pan es hecho para el hambre, y el hambriento puede buscarlo, como la avecilla busca la fruta de un jardín sin averiguar quién es el dueño, sin descender á pedirle permiso de alimentarse, ni respetar una propiedad, que ella noble y orgullosa desprecia ó desconoce. ¡Y cuán generoso no es Adolfo Castelvi! Cuando legítimamente puede tomar el pan donde lo encuentra, respeta, sin embargo, el sustento del pobre, y va á buscar el suyo á la casa del opulento. Convénzase Vd., pues, con nosotros de que su padre lejos de merecer el execrable epíteto de asesino, solo es digno de las inmarcesibles glorias del valor: lejos de ser acreedor al feo dictado de ladrón, solo merece la diáfana aureola de la filosofía y de la virtud.

Oropimente concluyó como Sancho, preguntando si habia dicho algo. Mas Emilio, que sin hacer el menor caso, se habia estado mirando la carta del doctor Témis que estaba en la pared, bien que por la escasez de la luz no podia distinguir los caracteres trazados con lápiz, y la veia mas bien como un papel blanco cuyo destino trataba de adivinar; á lo sumo habia pensado con indignacion en la coleccion que aquel criminal hacia de sus miserables doctrinas. Mas cuando el silencio le hizo notar que el charlatan habia terminado su importuno discurso, volviéndose hácia Monterilla, le dijo:

— Deseo despacharme pronto, y espero por lo mismo tenga Vd. la condescendencia de indicarme lo que debe hacerse para defender al Mordedor y para que el señor Adolfo Castelvi se oculte y goce de perfecta seguridad.

— El Mordedor, dijo Monterilla, ha sido aprisionado con dos pares de grillos: no sé si Vd. lo sabria ya; pero sea lo que fuere, me abstengo de reconvenirlo por ello; pues sin mi anuencia no ha podido ni debido obrar: y aunque supongo sabrá ya el doctor Témis cuánto interés tienen Vd. y su padre en esta defensa, creo que él tampoco habrá querido obrar sin mi consentimiento. Mas ahora que es preciso entrar en accion y hacer que todas las cosas queden dispuestas de modo que la defensa empiece con provecho, intimo á Vd. que es necesario hable mañana mismo á ese abogado, para que plenamente se encargue de salvar al Mordedor. Y como es de creer que se rehusa á hacer la defensa de un modo ostensible, tratando de mantener oculto su nombre, será preciso que Vd. se comprometa á figurar como defensor, firmando los escritos y haciendo personalmente todas las diligencias que sean necesarias, porque yo, aun cuando me reservo el derecho de dar algunas instrucciones, tampoco quiero aparecer como defensor.

— ¿Y si á pesar de la defensa del doctor Témis, el Mordedor es condenado, replicó Emilio, qué piensa usted que hagamos?

— Me parece muy bien, contestó Monterilla, que usted sea tan previsivo; pero confio en que no llegará el caso que teme, pues el doctor Témis es un hombre de mucha influencia. Mas si á pesar de todo, semejante desgracia sucediere, la junta ha previsto ya algunos acuerdos sobre el particular, de los que no estoy autorizado para rendir cuenta á Vd., bien que ellos dentro de poco serán discutidos con su asistencia, teniendo en el debate voz y voto, como hijo de don Adolfo y practicante mio.

— ¿Y mi padre? preguntó Emilio.

— Su padre permanecerá oculto perfectamente, respondió Monterilla; y si el hijo puede proporcionarle alguna suma para que emprenda su viaje, ha ofrecido que se enmendará, solicitará el perdón de Vd. y se le presentará despues, para decirle adios, estrechándolo entre sus brazos. A la verdad el señor Castelvi no es muy propio por su carácter preocupado, para miembro de esta junta, pues conserva todavía tantos escrúpulos, que muchas veces ha manifestado estar resuelto á irse á trabajar, para conseguir algun día con qué hacer la restitution de lo que en su estado de miseria ha tomado contra la voluntad ajena. Es además muy pusilánime para todo lo que no sea defenderse; y si concurrió con el Mordedor á la casa del señor Osman, fué á causa de que habiendo llegado á Bogotá desesperado por sus continuas pérdidas, vino resuelto á robar á aquel señor, de quien por las cartas de Vd. habia sabido la excesiva riqueza y las circunstancias particulares de su casa.

— Bien, dijo Emilio; nada mas tengo que hacer aquí: mañana hablaré al doctor Témis y empezaremos á obrar como Vds. quieran, siempre que yo pueda confiar en que la persona de mi padre permanecerá en completa seguridad, como me lo han prometido.

— Es Vd. un buen hijo, repuso Monterilla; y para el caso en que obrara como ha obrado, el señor Castelvi me hizo una recomendacion que voy á cumplir con mucho gusto. Me encargó diese á Vd. en prueba de su amor paternal y del respeto que le profesa, el retrato que tantas veces habia solicitado Vd. como una imagen que en la ausencia pudiera consolar y satisfacer sus anhelos filiales.

— ¿Dónde está ese retrato? preguntó Emilio con interés.

— De aquí á dos noches puede Vd. mismo venir, ó mandar por él á alguno de sus amigos.

— Ahora, añadió Emilio, solo me resta que Vd. me entregue una carta que dejó la Cisne anoche sobre esa mesa.

Todos se desconcertaron con esta inesperada demanda. Sin embargo, Monterilla disimulando su sorpresa, contestó con indiferencia, que ese dia mismo, muy temprano, se la habia remitido á Santiago, creyendo fuese para él como lo indicaba el sobrescrito, y que por consiguiente debia hallarse en su destino.

Emilio salió muy abatido y se fué para su casa, pensando en su miserable existencia. Ya era preciso pues, ser amigo de Monterilla.

Antes ningun hecho propio lo envilecia; mas ahora ya empezaba á descender por sí mismo: su dolor en consecuencia lo humillaba, y el círculo de sus pesares se extendia en realidad.

— ¡Adelaida, Adelaida! repetia. Ayer tu amante era el hijo de un ladrón... pero hoy es el amigo de Monterilla, que junto con él defenderá á otro ladrón, se burlará de los hombres, de los magistrados y las leyes, y discutirá entre los criminales proyectos avernosos para salvar á un insolente que osó turbar tu sueño pronunciando tu nombre con desprecio. El honor y la dignidad fueron para mí como un vestido ajeno de que me ví de repente despojado... pero ya llevo en su lugar la librea de la infamia: fueron un brillo momentáneo que el aliento emponzoñado de mi padre debia empañar; mas yo mismo voy á arrojarle la mancha del delito... Pero ¿qué me importan, esta sociedad ni este mundo? Si no muero pronto, me ausentaré, iré á refugiarme en una tribu salvaje, donde recordaré mis pensamientos divinos, mis bellos dias de civilizacion y amor; recordaré á Adelaida como la imagen de mi conciencia cuando viví entre los hombres, de mis sueños cuando viva entre las bestias: la recordaré como el ídolo encantador en cuyas aras ardió mi corazón, se regaron como flores mis leves esperanzas, y sonaron como himno mis caras ilusio-

nes... Y entre tanto, ella será feliz... se olvidará de mí... se olvidará porque jamás me amó... No ¡Adelaida!... Mas... ¡era tan vil el que se atrevió á adorarte! Tú que merecias á un caballero... Sí... yo tambien merecia un padre virtuoso, y la naturaleza no me dió sino un padre asesino. Con todo, Adelaida, mas respetuoso yo que la naturaleza misma, no pensaré mas en tí, porque ese rostro angelical que ni el aire debe tocar, no ha de verse grabado en el pecho de un hombre vil... ¡Oh, qué funesta es la infamia, qué imágenes tan caras osa borrar-nos!...

Con estas ideas Emilio, embozado en la capa, permanecia parado en la puerta de su casa sin atreverse á entrar, aunque era ya muy tarde. Estaba resuelto á pasar allí la noche, porque no podia golpear en esa puerta que le parecia solemne y grave, rechazándolo con muda majestad, para impedirle la audacia de ir á deshonrar con su presencia habitaciones tan nobles, cual si fuesen la cárcel en que su padre debia arrastrar las cadenas del criminal, ó la caverna en que Monterilla debatía sus sórdidos manejos. Mas al pensar en esto, una voz dulce, tímida y misteriosa llegó á sus oídos: era que Adelaida lo llamaba desde el balcon. El corazon de Emilio se agitó como para despertarlo de un sueño, y viéndose obligado á obedecer, entró á pasar la noche lleno de amargura.

## V.

## LA FALSIFICACION.

En el momento que Emilio salió de la junta, esta procedió á discutir rápidamente las proposiciones de Soliman acerca de su proyecto, y con relacion á la carta y á Veratrina; proposiciones ya mejor determinadas y mas claras, cuya combinacion tuvo tiempo de meditar durante la audiencia de Emilio. Así fué que pocos momentos despues de quedarse solos, Oropimente, ocupando el asiento presidencial, se puso á falsificar la carta de la Cisne; y Monterilla poniéndose la capa y tomando su farol, salió aceleradamente advirtiendo á sus dos colegas lo esperasen para continuar, segun el éxito de su diligencia, la discusion pendiente.

Monterilla andaba tan aprisa por la calle, que en un instante se puso en la casa del capellan, subió la escalera y se presentó en la pieza, donde halló á este paseándose con el breviario en la mano y vestido con un capote de paño negro. No bastó la presencia de Monterilla para que el sacerdote interrumpiese, pues haciéndole una seña le mandó que lo esperase en el corredor mientras acababa el oficio.



VESTIDURA IMPERIAL ENCONTRADA EN EL PALACIO DE ESTIO,

Pertenece al museo de la Union central de las Bellas Artes aplicadas á la industria.

No era inútil á Monterilla este breve plazo que debia servirle para perfeccionar mejor su ensayo, y no improvisar con demasiada prontitud, las bases de un proyecto que apenas se acababa de concebir y no dejaba de tener su lado grave y delicado, aunque en sí no fuera peligroso ni pudiera comprometerlo seriamente.

El capellan por fin abrió la puerta, mandó entrar á Monterilla y le ofreció asiento.

— ¿Alguna confesion? preguntó en seguida.

— No, señor, es una noticia muy importante que traigo al señor doctor, á quien desde el principio he tenido muchos deseos de servir; y por eso he aprovechado esta ocasion para darle un aviso que, segun entiendo, puede interesarle muy particularmente.

— ¡Gracias, amigo! Siento, sin embargo, que Vd. se

moléstese por mí. Sirvase, pues decirme cuál es ese aviso.

— Por un milagro, señor doctor, ha parecido la señorita que tanto buscaban Vd. y el difunto don Mateo, y cuya solicitud costó á este la vida y al señor capellan algunas molestias.

— ¿Luego no habia parecido? preguntó el capellan admirado.

— No, señor, la que pareció fué otra á quien buscaba la Daifa, y que como usted sabe es una muchacha detestable que seguramente pretendió aprovecharse de la solicitud de don Mateo; cosa que es muy comun aquí entre esa clase de gente. Calcule el señor doctor para qué queria don Mateo semejante alhaja, cuando lo que él buscaba con empeño extraordinario, y á fe que tenia razon, es una niña tan honrada y tan santa, que usted apenas puede tener idea.

— ¡Cuánto bendigo al cielo, dijo el capellan, cuando sé que hay una niña santa! ¡Dios quiera que Vd. diga verdad!

— ¡Oh! de eso no le quede á Vd. la menor duda: yo acabo de encontrarla en una chocita...

— ¡Vaya! interrumpió el capellan: entonces no es una señora.

— ¡Oh! exclamó Monterilla; y de lo primero en sangre y en belleza. Pero permítame el señor capellan, que continúe la relacion de mi descubrimiento.

— Muy bien, amigo mio.

— Pues bien, señor, acabo de hallar á la señorita en la casa de unos pobres, donde se refugió para escapar de las seducciones de un señor Emilio que dió en perseguirla porque la veia tan pobre en casa de una señora que vivia por Egipto.

— ¿Y cómo sabe usted que esa jóven era la que buscaba don Mateo?

— Ahora verá el señor doctor lo que es la casualidad, ó mas bien lo que pueden las oraciones de un santo sacerdote. Yo iba esta noche para mi casa sin

pensar en nada de esto, cuando habiéndome apagado la luz de mi farol, me acerqué á una chocita para reponerla. Desde la puerta en que me detuve alcancé á ver una jóven de rodillas, haciendo oracion los brazos abiertos y la cabeza inclinada, que tal parecia una santa, con su corbata de seda y su vestidura de merino.

— ¡Pobrecita! exclamó el capellan.

— Estaba, señor, postrada al frente de un altarcito tan humilde que solo lo adornaban cuatro vitelitas. Tanto fué, señor doctor, lo que este espectáculo me tocó al corazon, que quedé mas compungido que un San Gerónimo, y no pude prescindir de preguntar quién era ese ángel.

(Se continuará.)